

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: San Sebastián. :: Administración, correspondencia y suscripciones: Madrid, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
AÑO I.—NÚMERO 23
26 JULIO 1925



CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

LA UTILIDAD DE CIERTAS AVES MARINAS

Entre los múltiples abonos empleados para fertilizar los campos está, como el más eficaz e importante, el guano. Los químicos han encontrado en aquella sustancia excelencias propicias para la tierra. El guano fué introducido en España hacia 1800; pero otros hombres habían reconocido antes sus cualidades excepcionales fertilizantes, pues los incas, muy anteriormente a la conquista del Perú por los españoles, empleaban ya semejante sustancia para abonar sus campos. Garcilaso de la Vega nos cuenta en su *Historia de los Incas*, escrita en 1523, cómo no se empleaba otro abono en toda la costa peruana, que no fuera el excremento de ciertas aves que volaban sobre aquellos parajes, en número tan crecido, que no podían verse sin admiración. Esas aves habían tomado como lugar de descanso las rocas y las islas desiertas de la costa.

En estas rocas y estas islas, las aves a que aludimos abandonaban sus excrementos, hasta el punto de aparecer las rocas e islas como cubiertas por una espesa capa de nieve. Hoy día el guano constituye, en las mismas costas, el abono más eficaz. En los litorales del Perú y Chile, en islas deshabitadas, se recoge el guano, que constituye uno de los negocios más fuertes y al cual los poderes públicos de todos los países prestan una gran atención. Se encuentran en ciertos lugares capas tan espesas de guano que ellas solas bastarían para abonar y fertilizar enormes extensiones. Veinte metros de espesor ofrecen a veces aquellas capas. La excelencia del guano, su gran poder fertilizante procede, principalmente, de su gran abundancia en sustancias amoniacales. Los depósitos de guano del Perú y Chile son extraordinarios, famosísimos.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

—Sí... Tenéis razón, maestro.
—Entonces, como no encontrabais las huellas del traficante, ¿habéis regresado al campamento con Wolf?

—No.

—¿Cómo no?

—He regresado yo solo.

—¿Y Wolf?

—Ha desaparecido.

Ulric, que escuchaba el rápido coloquio, al oír aquella respuesta, no fué dueño de reprimir una exclamación de angustia.

—¡Mi pobre hermano desaparecido!... —gimió—. ¡Oh, Dios mío, qué desgracia!

—Tranquilízate, que ya le encontraremos —dijo Cabeza de Piedra—. ¡Por todos los campanarios de Bretaña, un hessiano no se deja devorar como si fuera un salchichón de Boston!

—Es ferdad, yo esperar en puen maestro Capesa de Pietra...

—Que es, como tú sabes, *sakem* de una tribu de famosos guerreros.

—Maestre, me temo que vuestro cargo de caudillo, con todos los honores anejos... —sugirió Jor.

—Incluso el de tener una docena de mujeres, o más... —interrumpió Petifoque, incapaz de estar silencioso ni de dejar en paz a su viejo amigo, a pesar de las amenazas de éste.

—...reposa sobre una especie de mina —continuó el canadiense, en tanto que el bretón descargaba un puñetazo en la espalda del burlón incorregible.

—No os comprendo bien —dijo Cabeza de Piedra—. Sólo me doy cuenta de que nos amenaza un doble riesgo. De una parte, la flota del general Burgoyne, y de otro, lo que vos...

Un nuevo cañonazo retumbó a lo largo, cortando la palabra al maestro.

—¡De prisa, muchachos! —dijo el viejo marinero—. Por ahora sólo se trata de señales... de golpes en blanco... Si supieran o se imaginaran que estamos por aquí en una flotilla de barcas, ya veríais granizos de fuego.

Las embarcaciones indias continuaban su rápida marcha hacia la desembocadura del río. Los mandanos no entonaban ya su himno de guerra, y parecían todos ellos oprimidos por el presentimiento de una desgracia.

—Jor —exclamó bruscamente el maestro—, ¿qué ha ocurrido durante vuestra excursión en busca de Riberac?

—Os lo diré en pocas palabras —repuso el canadiense—. Como sabéis, Wolf y yo abandonamos juntos el campamento indio y no tardamos mucho en dar con las huellas de Riberac. Tengo mucha experiencia en estos menesteres y sé bien el oficio.

—¡Por vida de cien mil fragatas agujereadas, ya sé que sois famosos los canadienses!

—Bien. Una vez encontradas las huellas del traficante, nos hemos puesto en su seguimiento por el mismo camino. Continuamente nos alejábamos de las orillas del lago, internándonos en el bosque, que conozco como el fondo de mis bolsillos. No obstante, tenía como la sensación de algo misterioso oculto entre las espesuras de aquella vegetación, en torno a nosotros. Era una especie de presentimiento funesto que me oprimía el corazón. De repente, las huellas de Riberac aparecieron a nuestros ojos confundidas con otras de un grupo de hombres que juzgué ser indios. Evidentemente, el traficante se había encontrado con los iroqueses, quizás con alguna patrulla exploradora, y se había unido a ellos. Observando mejor las huellas, pude comprobar que, además de las de Riberac, las había también de otro hombre blanco. Proseguí en mis investigaciones y descubrí algo que me hizo reflexionar: era un pedazo de tela blanca inglesa, como ningún indio suele usar, desgarrada a modo de tira y manchada de sangre, de suerte que era lógico pensar que hubiera servido de venda para cubrir alguna herida.

—Y que el herido, al cambiarla, había arrojado al suelo; es evidente —observó el maestro.

—¿Creéis?

—Sin duda alguna.

—Yo la mostré a Wolf, que hizo un gesto de desdén.

—¿Eh?

—¿Y sabéis por qué?

—¡Por el burgo de Batz, no fui nunca adivino!

—Porque hubiera preferido encontrarse una botella de cerveza y un buen pernil.

—Son bien glotones los hessianos y endiablados devoradores —dijo Cabeza de Piedra riendo.

—Es ferdad; hessianos estar clotones comilones —repuso Ulric—, pero también puenos compañeros fieles.

—Conformes, amigo mío. Tú y tu hermano habríais merecido nacer en el burgo de Batz.

—O en el de Pouliguen —refunfuñó Petifoque.

—¡Por todos los salchichones de maestro Taberna..., serían entonces tan charlatanes como tú!

—¡Pero si hace una hora que no abro el pico!... —dijo el gaviero.

—Tenlo, pues, cerrado un poco todavía, para que Jor pueda continuar su relato.

—Enmudezco.

Y así diciendo, Petifoque dióse una manotada en la boca como para cerrarla.

—Púseme a examinar aquel jirón de tela —continuó entonces el canadiense— y pronto pude darme cuenta de que se trataba de un trozo de pañuelo. En uno de sus ángulos veíase aún una letra del alfabeto, bastante mal marcada, como generalmente usa la gente ordinaria.

—¿Y qué letra era aquélla?

—Una D.

Cabeza de Piedra dejó escapar un sordo reniego.

—Me parece que dais demasiada importancia a una simple D. No os comprendo, querido —dijo después.

—Bah, ya lo comprenderéis más tarde. Continúa, pues.

—Yo sospeché al punto la verdad ante aquel descubrimiento, y confié mis suposiciones a Wolf, que se mostró preocupado. Como quiera que fuese, estábamos en danza y había que danzar..., esto es, encontrar a Riberac vivo o muerto.

Reanudamos la marcha siguiendo las numerosas huellas que a nuestros ojos se ofrecían, cuando bajo los grandes árboles de la floresta resonó un canto breve que a cualesquiera otros oídos hubiera parecido el de un pájaro, pero que a los míos, bien ejercitados del uso, se reveló en seguida como una señal.

—¡En guardia, Wolf —dije a mi compañero—; nos espían!

—Yo no veo a nadie —me respondió el hessiano.

—No importa; por instinto siento que cerca de nosotros hay enemigos escondidos.

—¿Y son enemigos ciertamente? —me preguntó Wolf.

—No cabe duda. Riberac está con ellos; si no nos ha traicionado, es que está prisionero de ellos, y por consiguiente, como se trata de los iroqueses, con toda seguridad, no ha conseguido inducirlos a fumar el *calumet* de la paz con los mandanos. Si de otra manera fuese, el traficante, al darse cuenta de nuestra presencia aquí, ya se habría presentado.

Apenas había terminado de hablar, cuando detrás de los árboles aparecieron algunos rostros pintados con los colores de guerra, en tanto que una especie de espectro humano se presentó ante nosotros. ¿Y sabéis a quién semejaba aquel fantasma?

—¿A quién?

—A maestro Davis, que el general Washington os dió como guía.

—¡Por cien mil campanarios derrumbados!... —rugió Cabeza de Piedra dando un salto—. ¿Así, pues, ha resucitado ese bergante?

—O más bien no ha muerto.

—¡Que todos los escorpiones de maestro Taberna lo puedan atezar!... ¡Escapar al lago enfurecido, a las puntas de los escollos, después de haber recibido un buen pistoletazo, es suerte condenada que sólo cabe a bribones de su ralea!

—Davis tenía la frente vendada, y en su cara pálida se retrataba la crueldad —prosiguió el canadiense—. Al vernos juntos a Wolf

y a mi, en su corazón se había despertado sin duda el furor de la venganza. Yo vi la situación desesperada. Comprendí que no nos quedaba otro recurso que escapar a preveniros, y dije a mi compañero:

—Huyamos; es necesario que al menos uno de nosotros llegue vivo al campamento. La floresta está llena de iroqueses, que marchan sobre el sendero de la guerra.

—Tomemos, pues, el lago.

—Encomendaos a vuestras piernas, que no son malas, amigo Wolf. Y a propósito: ¿sabréis el camino..., al menos el que hemos traído?

El hessiano se rascó la cabeza, consternado.

—Bien —le dije—, no os apuréis, amigo mío; tomad aquella dirección; corred todo derecho, sin parar, y llegaréis al campamento de los nuestros —y tracé en el aire un rápido gesto—. Ahora, a la carrera, lo más de prisa que podáis. No os preocupéis de mí. Me sé estos lugares de memoria, y espero burlar la persecución de los indios.

Wolf no se hizo repetir el encargo y se dio a la fuga en la dirección indicada. Yo hice lo mismo. Al vernos escapar, Davis, que sin duda había vacilado en atacarnos, sospechando que nuestra presencia escondiese una insidia, acaso una emboscada de los mandanos, lanzó una blasfemia y me apuntó con el arcabuz que, no recuerdo si os lo he dicho, tenía en sus manos. Yo pude oír la detonación y el silbido de la bala al pasar junto a mi cabeza.

Ya estaba a salvo de aquel primer movimiento de hostilidad, y tal certeza puso alas en mis pies. A mis espaldas oía, sin embargo, estallar formidables clamores, y comprendí que los iroqueses nos perseguían. Pronto Wolf y yo nos perdimos de vista, y no he vuelto a saber nada de él. Al no encontrarlo en el campamento, temo que se haya perdido en la floresta sin límites o que haya tenido la desgracia de caer en manos de los iroqueses.

—¡Pobre hermano mío!... —gimió Ulric.

—Quizás haya llegado al campamento durante nuestra ausencia.

—Y vos, Jor, ¿cómo os habéis arreglado para escapar a la persecución de los indios enemigos? —preguntó Petifoque.

—¡Qué diablo, dando quehacer a las piernas! —repuso Cabeza de Piedra—. ¿Te crees acaso, mozo del Pouliguen, que nuestro valiente canadiense es un gandul de tu especie?

—Los mozos del Pouliguen, señor *sakem* de los mandanos, son más ligeros que todos los cabezas duras de Bretaña —afirmó el gaviero con voz burlona.

—No, maestro Cabeza de Piedra —interrumpió el canadiense—; no me han bastado las piernas para ponerme en salvo. Verdad es que corro como un ciervo o como un alce; pero entre los iroqueses hay demonios que galopan como el viento y resisten a la carrera más que un caballo. Los más célebres son Pie Veloz, Alce Joven, Piernas de Ciervo, Alce Rojo, Viento de los Bosques, Rayo que Viene y otros que es inútil enumerarlos, aunque todos ellos tienen nombres característicos que responden a su calidad de corredores famosos.

Esos demonios, famosos guerreros también, me seguían de cerca, y me habrían alcanzado si un fenómeno extraordinario, inexplicable para mí, no los hubiese detenido. Iba yo atravesando un mazo de abedules enanos, cubiertos de nieve, y comenzaba a sentirme angustiado por la fatiga y falta de aliento; cierto temor me oprimía el corazón, por la imposibilidad en que estaba de defenderme eficazmente y con ventaja, cuando una voz profunda y potente, que parecía descender de la altura, gritó:

«—Soy el Gran Espíritu, al cual todos los indios deben obediencia. Retrocedan los guerreros iroqueses y reunan a los de su tribu, pues muchos son los peligros que la amenazan. El peligro menor debe despreciarse para hacer frente al mayor. La presa pequeña puede abandonarse para ir en busca de la más importante. ¡Huh, huh..., el Gran Espíritu ha hablado!»

Inmediatamente mis perseguidores se detuvieron, y después de mirar en derredor suyo, estupefactos, evidentemente se cercioraron de que su dios les había hablado, ocultándose en el misterio a sus miradas para ponerlos en guardia, y se prosternaron sobre la nieve, exclamando:

—El Gran Espíritu ha hablado a sus hijos indios... y ellos obedecerán a su potente voz.

Os confieso, amigos míos, que creo poco en las divinidades indianas y en sus milagros. El fenómeno, sin embargo, no se podía negar, tanto más cuanto que tenía lugar en buena ocasión para mí, salvándome de una muerte indudable. Ello es que el suceso me reanimó, dióme alientos y me impulsó con más ímpetu a la fuga. Y corrí, ¡ah..., cómo corrí!... Tras de mí no sentía ya a aquellos malditos iroqueses, pero temía verlos aparecer de nuevo en mi persecución. Además, quería estar en el campamento cuanto antes, para daros cuenta de mi descubrimiento.

—¡Ya..., la resurrección de Davis! —refunfuñó Cabeza de Piedra.

—Estad seguro, maestro, que ese demonio hará lo posible por volveros a encontrar y por capturaros antes de que lleguéis al fuerte de Ticonderoga.

—Es verdad, las cartas le traen en cuidado.

—Y la venganza.

—¡Por la barba de mi vieja pipa, que le hemos de hacer alguna buena a ese señor!, ¿no es así, Petifoque?

—¡Ya lo creo!

—Davis es un hombre que no perdona —continuó el canadiense— y que no olvida..., y por otra parte, la herida que le habéis inferido, querido maestro, siempre le recordará al bretón y a sus amigos. Estoy seguro de que en este momento los iroqueses todos se preparan a atacar a vuestros mandanos, pues vuestra promoción al

cargo de *sakem* seguramente es ya sabida de las otras tribus indianas. Por esto he querido venir a buscaros.

—Y habéis hecho perfectamente.

—Porque, a más de la hostilidad propia de partidarios, existe el odio del espía del marqués de Halifax.

—¡Ah, por el burgo de Batz, que cuantas veces me nombráis al rival de mi valiente capitán me arde la sangre!

A través de la niebla que cubría el lago retumbaron de nuevo algunos cañonazos.

—¡Canastos!... —gruñó el canadiense al percibir en el aire cargado el rumor de los proyectiles—. Parece que nos cañonean.

—Son los navíos ingleses, que tratan de orientarse —indicó Cabeza de Piedra—. Pero no ha de serles fácil con esta oscuridad.

Y al decir esto lanzó un suspiro.

—¿Qué os sucede, maestro? —le preguntó Jor.

—Pienso que si ahora estuviese viva y bien armada mi brava *Tonante* podríamos lanzarla en medio de los navíos ingleses y hacer con ellos una mermelada estupenda para los peces del Champlain.

—Pero —se lamentó Petifoque— sólo tenemos algunas frágiles barcas con las cuales no podremos hacer gran crucero. Mejor será no pensar en la pobre *Tonante*, a la que ya hemos entonado el *De profundis*.

—Pero su comandante, el valeroso barón Mac-Lellan, vive aún —continuó el viejo bretón, enérgico—, y con él están vivos y sanos los marineros supervivientes. Daremos aquel nombre querido a una corbeta que se parezca a la difunta, elegida entre las naves americanas, y con ella resucitaremos las glorias de los terribles corsarios de las Bermudas.

—En este vaso de agua que responde al nombre de lago Champlain? —dijo el joven gaviero, persistiendo en su manía de hacer rabiar al maestro.

—¡Aquí o en cualquier parte, chiquillo impertinente! —masculló Cabeza de Piedra dando un soberbio puñetazo en la frisa de la barca, que acentuó el balanceo de ésta—. ¡Aquí o donde sea, mientras los corazones sean siempre los de un día y existan enemigos de la libertad a quienes combatir, porque siento una extraordinaria antipatía hacia esos «mangos de escoba»! ¡Eh, amigos, creo que ya hemos llegado!

En efecto, la flotilla de los mandanos llegaba al campamento, descubriendo aquí y allá sus fuegos encendidos a través de las sombras. Las barcas fueron dirigidas a la ensenada, pequeña, pero resguardada por una hilera de altos peñascos que servía de puerto de refugio, y los guerreros indios desembarcaron, alineándose pronto bajo las órdenes del lugarteniente Mancha de Sangre, que conocía el sitio mejor que Cabeza de Piedra y sus acompañantes.

Ningún clamor sospechoso llegó a sus oídos del campamento mandano. Todo parecía estar en calma.

Cabeza de Piedra, Petifoque y los otros comenzaron a creer que Jor hubiese exagerado en sus temores y que los hubiese interrumpido injustificadamente en la tarea de saquear el bergantín, cuando a lo lejos se oyó un disparo de arma de fuego, que parecía provenir del centro de la floresta de abedules enanos que se extendía a lo largo del río hasta los ribazos del lago.

—¡Cuerpo de un campanario de Bretaña —exclamó Cabeza de Piedra—, vaya una noche movida! De un lado, los cañones del general Burgoyne; de otro, los mosquetes iroqueses; no es por cierto música lo que nos falta, si queremos bailar. En marcha, pues; vamos a marcar unos pasos de furlana, si así lo quiere el Destino.

CAPÍTULO XIII

IROQUESES Y MANDANOS

La nieve comenzaba a caer de nuevo, pero en copos escasos, que caían de las nubes como mariposas errantes y desmayadas, y volaban acá y acullá envueltos en las ráfagas que de vez en cuando impetuosamente soplaban.

Nuestros amigos seguían indiferentes, hombres fundidos en materia que debía de tener las cualidades del hierro, insensibles o por lo menos resistentes al frío y al hambre, a la sed y al cansancio.

En cuanto a los mandanos, nacidos en aquel clima, aunque medio desnudos, no padecían sus rigores.

Hasta se cuenta que una vez, durante la dominación francesa en el Canadá, un gobernador enviado allá de Francia, para conciliarse al punto las simpatías de los caudillos indios, dió una fiesta magnífica en un castillo construido con hielo, e invitó a los *sakems* junto a los oficiales, funcionarios civiles y señoras establecidas allí.

Todos los europeos acudieron a la fiesta bien cubiertos de pieles, pues acaecía lo relatado en un invierno crudísimo, y el propio gobernador se había ataviado de modo que parecía uno de aquellos osos hechizados por la mágica mirada de Cabeza de Piedra.

Los *sakems*, por el contrario, se presentaron ostentando sus ornamentos solemnes y decorativos, pero poco eficaces contra el frío. Al ver muchas partes del cuerpo de los canadienses completamente descubiertas, el gobernador maravillóse y preguntó a uno de los *sakems*:

—Pero cómo... ¿no sentís frío, y vais medio desnudo?

El caudillo sonrió y preguntó a su vez:

—Y vos, ¿por qué conserváis descubierto el semblante?

—Porque está curtido y no padece.

(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO DEPORTISTA

**PAULINO
UZCUDUM**

¿Será el campeón mundial de boxeo?

¿No conoces a Paulino? Paulino es un hombre alto, grueso y terrible, atrocamente fuerte.

Paulino nació en Regil, un pueblecito muy limpio y muy pobre de Guipúzcoa.

Desde pequeño dedicó todo su tiempo, desde que nacía hasta que moría el sol, a cortar leña.

Al principio, su cuerpecito, tierno como el vuestro, se sentía dolorido. ¡El trabajo era terrible! Los mocetones fuertes como robles se reían de él porque apenas si podía con un trozo de madera.

Pero Paulino era muy trabajador, y un día tras otro fué aumentando sus esfuerzos, hasta que al fin su cuerpo se atemperó a aquel trabajo tan penoso.

Pasaron los días, los meses y los años, y aquellos que se reían de la debilidad de Paulino fueron los primeros en admirar sus fuerzas de gigante. Con una mano sola Paulino manejaba un hacha de leñador que pesaba varios kilos. En el levantamiento de peso (bloques de piedra) —ejercicio muy generalizado entre los vascos—, Paulino era siempre el vencedor.

Pero la fama de Paulino no salía de su rincón, hasta que un día que el vasco fué a San Sebastián y asistió a una reunión de boxeo, en la que tomaba parte su paisano Solinis, sintió que en su interior nacían entusiasmos bélicos, y decidió, de acuerdo consigo mismo, llegar a ser campeón del mundo.

Los amigos que tuvieron noticia de sus propósitos se desternillaron de risa:

—¡Pero si en tu vida te has puesto unos guantes de boxeo! ¡Pero si jamás viste boxear hasta hoy!

—Seré campeón del mundo —respondía Paulino entre dientes apretando sus terribles puños de leñador y con la vista fija en el suelo.

A aquel incidente no se le dió mayor importancia. Solamente cuando algún paisano se cruzaba con él, le decía entre risas:



—¡Adiós, campeón!

Paulino no respondía; pero aquella burla era un acicate. Cada vez daba golpes más terribles con el hacha a los pobres árboles, que caían para siempre. Paulino, al verlos derrumbarse con estrépito, exclamaba con alborozo:

—¡Ya cayó otro campeón!

Un día, la víspera de San Juan, ahora ha hecho un año, Paulino se marchó nada menos que a París.

Con un puñado bien escaso de duros, se plantó nuestro hombre en esa gran capital donde tantos viven y casi todos se desconocen.

Llevaba una carta para M. Anastasi, un entrenador de boxeadores que tenía un magnífico gimnasio.

Aquel hombre mantuvo por su cuenta a Paulino durante seis meses, hasta que hizo su primer combate. Vió en él materia de púgil y se dispuso a explotarle.

Fueron cayendo los boxeadores, y Paulino venció al campeón de Rusia, Ruscoff, en Madrid.

Nilles, el ex campeón de Francia, rodó por el tapiz como una pelota en un combate que hicieron en Barcelona.

Paulino triunfaba; Paulino vencía siempre, y la carcajada de sus paisanos se fué apagando poco a poco.

La Federación Nacional de Boxeo le declaró campeón de España el otoño pasado, porque Texidó, el que era campeón, no quiso disputarle el título, seguro de caer a sus pies.

La definitiva consagración pugilística de Paulino fué en septiembre del año pasado en Bayona.

Tenía que habérselas el terrible vasco con el campeón de Inglaterra, con Goddart, un verdadero gigante, más alto que Paulino, más fuerte y más pesado que él.

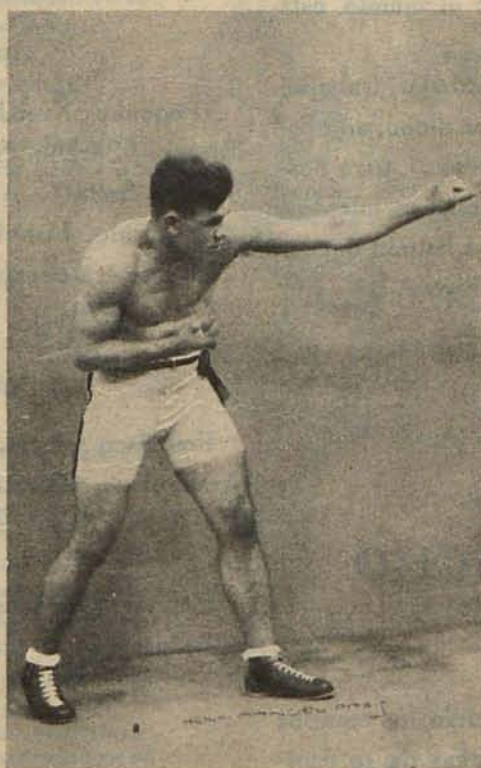
Comenzó el combate, y todo el público creyó en el triunfo del inglés; aun se veía alguna sonrisa de los incrédulos.

Pero Paulino luchó con entusiasmo hasta dar en tierra con el inglés.

Paulino, al retirarse del ring, exclamaba como cuando derribaba un árbol:

—¡Ya cayó otro campeón!

Y fueron cayendo los campeones. Al inglés siguió el belga Humbeck.



Uzcudum no descuida su entrenamiento, que sigue con el mismo entusiasmo que el primer día.

Ha retado a Firpo, el campeón argentino, «el Toro de las Pampas», como le llaman en Sudamérica, y parece que el pampero no se aviene a combatir con él, entre cauteloso y prudente.

Paulino se encuentra en situación de disputar al italiano Spalla el título de campeón de Europa.

¿Y después?...

Si le preguntamos a Paulino, nos responderá como el primer día: «Yo seré campeón del mundo».

Hoy marcha acompañado de su nuevo preparador Descamps y su profesor Carpentier camino de América.

Sus paisanos ya no se ríen.

□ □ □

Pinochistas queridos, la historia de Paulino es un ejemplo.

¿Debe preocuparnos que se rían cuando manifestemos una ilusión grandiosa? No; que el mundo está lleno de envidiosos.

Dejadlos que rían. ¡Qué importa! Trabajar, trabajar, y cuando se venza un adversario, mejor dicho, un obstáculo, digamos: «Ya he subido un peldaño», para después, desde lo alto, reír a mandíbula batiente, mientras los envidiosos, que, como es natural, se habrán quedado abajo, nos admiren llenos de asombro.

Dux.

EQUIPOS PINOCHO

Publicamos conforme vamos recibiendo los equipos formados ya por Pinochistas con las señas de su capitán, para que los otros capitanes de equipo de la misma localidad puedan ir a pedirles partido.

También seguimos dando nombres y señas de jugadores sueltos de toda España para que se reúnan entre sí y formen poco a poco equipos a los cuales les pondrán el nombre que deseen, y que por sólo aparecer en esta plana publicados, ya es que están reconocidos oficialmente por nosotros.

□ □ □

MADRID

«Currinche F. C.».—Carlos F. del Toro, Vicente Guilló, Vicente Quesada, Miguel Martín, Juan Santiago,

Amilcar Alvarez, Demetrio Herranz, Antonio González, Esteban Rodríguez, Luis Fernández.

Capitán, Luis Fernández.

Fernando Colomer, Montalbán, 22.

Julio y José Posada y Gómez, Hernán Cortés y Villalar, 8.

José Fernández y hermano.

Equipo «Barón de la Castaña F. C.»—Luis R., José, Pepe, Juan, Eduardo, Juan, Antonio, Rafael, Rogelio, Juanito, Luis, Emilio. Ruda, 14.

Capitán, Rafael Delgado.

□ □ □

O VIEDO

Luis Illana (portero), Marqués de Santa Cruz, 4.

□ □ □

ALFARO

«Pinocho F. C. de Alfaro».—Emilio, Pereda, Justo, Jesús, Victorino, Enrique, José, Ramón, Ovidio, Serafin, Catalá.

□ □ □

PONTEVEDRA

«Pequeño Ku-Klux-Klan».—Pepe, Muiños, Viñas, Mirucho, Serafin, Severino, Manolo, Antonio, Moya, Morera, Soto.

Fotógrafo, Manolo.

La foto era demasiado débil; enviad otra más fuerte.

□ □ □

SAN SEBASTIAN

Francisco García, Antonio Iriso, Luis Ortega, Luis Arabeolaza, Celestino Burutariano, Cornelio Zúñiga, José Luis Echarri, Antonio Berridé, Antonio Eguiguren.

Capitán, José Luis Echarri.

Señas: Manolo Gallego. Easo, 3.

□ □ □

BARCELONA

José María Juanén, calle París, 109.

□ □ □

MADRIGAL

Antonio López Ferrero.—¿Por qué no formas tú un equipo?

□ □ □

CUENCA

«Pinocho F. C. de Cuenca».—Luis Chillón, Rafael Poiras, Vicente Analla, Juan Navalón, Emilio Montero, Fernando Montijano, Ángel Blasco, José Martínez, Manuel Fernández, Pablo López.

Capitán: Alfonso Cabañas, calle Don Mariano Catalina, núm. 42, piso 2.º

PINOCHO.

EL TEATRO DE PINOCHO

PINOCHO, PIRULA Y EL SEÑOR POLICHINELA

COMEDIA BUFA REPRESENTABLE

(Continuación.)



PINOCHO Y PIRULA. Aparte, con mucha alegría. ¡Ya salvamos a una. Alto. La acompañaremos a usted, señorita ex futura estrella.

LOS TRES. ¡Vamos, vamos! Salen.

CUADRO IV

La escena representa una portería de fútbol vista de perfil. A la izquierda, primero y segundo términos, están los dos postes que sostienen la tela metálica; ésta se extiende hacia la derecha.

Se supone que el partido tiene lugar dentro, a la izquierda, que es por donde se oirán todos los ruidos y voces de los jugadores y espectadores.

Pinocho y Arlequín entran por la derecha.

Arlequín aparece con camiseta de dibujos, formando los clásicos rombos que le caracterizan.

Pinocho viene de futbolista, con sombrero de copa como en el cuadro segundo.

PINOCH. Hablando con acento norteamericano muy marcado. Mister Arlequín, yo haber dado las órdenes necesarias para que le sea concedido el puesto de portero del «Crisping» en el gran match nacional, universal, octogonal, cosmopolita y peripatético que va a tener lugar dentro de un pequeño instante entre el «Crisping» y el «Pantalloning».

ARLEQ. Con alegría y emoción. Sí, señor Presidente.

PINOCH. Esta es la portería que usted defender. Ya saber que no hay que dejar pasar el balón...

ARLEQ. Muý emocionado. No, señor Presidente.

PINOCH. Le voy a presentar al equipo «Crisping».

ARLEQ. Con efusión. Gracias, señor Presidente.

PINOCH. Va hacia la izquierda; Arlequín se queda un poco atrás. Figura que le presenta a los futbolistas que están dentro y no se ven. Aquí tienen ustedes a su portero, el ilustre Arlequín. Arlequín se inclina, muy halagado.

VOCES. Dentro. ¡Bravo, bravo! ¡Viva, viva!

PINOCH. Con tono significativo y recalando las palabras. Yo suponer que seguirán ustedes mis indicaciones.

UNA VOZ. Descuide, señor Presidente; las seguiremos al pie de la letra. Se rie.

OTRA VOZ. Ya le trataremos al portero como se merece. Se rie.

OTRA VOZ. Irá bien servido el amigo. Se rie.

PINOCH. Volviéndose hacia Arlequín, con mucha finura. Mister Arlequín, haber tomado usted posesión de su portería; usted tener presente en todo momento la enorme responsabilidad que va a pesar sobre sus hombros; quiero decir sobre sus pies.

Vase por la izquierda, y Arlequín queda a la entrada de la portería, en espera, anhelante. Se oyen dentro los rumores del partido que va a empezar, gritos, agitación, la voz del árbitro, etcétera. Arlequín, con las piernas en forma de compás abierto y los brazos muy separados del cuerpo, moviendo la cabeza y balanceándose alternativamente hacia uno y otro lado, sigue las peripecias del juego. De repente aparece el balón, lanzado con violencia, y ¡pan!, va a darle en un ojo. Recomiendo a los señores actores utilicen un balón fingido, de goma inflada. Es probable que este pequeño truco, evitador de chichones excesivos, se le ocurra espontáneamente al artista encargado del papel de Arlequín.

VOCES. Dentro, triunfantes. ¡Goal! ¡Goal! Suenan aplausos.

VOCES. Dentro, furiosas. ¡Pero ese portero! ¿Pero es que no ha visto el balón?

ARLEQ. Compungido y tapándose el ojo herido. Yo no he visto más que las estrellas. Coge el balón con la mano y lo echa. Se oyen risas.

Prosigue el partido, y Arlequín esta vez permanece tieso, inmóvil, como si esperase que lo fuesen a fusilar. De pronto, ¡pan!, llega el balón y le vuelve a dar. Se oyen dentro gritos de «¡Goal! ¡Goal!», aplausos, silbidos.

VOCES. Dentro, con rabia. ¡Lo mismo que antes!

ARLEQ. Protestando. No; lo mismo, no, que esta vez me ha dado en la nariz.

Vuelve a echar el balón, y esta vez es tal su miedo, que al reaparecer el balón levanta un codo para protegerse, como hacen los chicos. De nuevo se oyen, pero cada vez con más fuerza, los gritos de «¡Goal! ¡Goal!», aplausos, silbidos y protestas.

LAS VOCES DE LOS «CRISPING». ¡Pero ese portero! ¡Idiota! ¡No sirve para nada!

Arlequín, desesperado, avergonzado y asustadísimo coge el balón y se queda con él en la mano sin saber qué hacer. Por último, lo pone en el suelo y le da una patadita con mucho miedo. Se oyen grandes carcajadas y silbidos. Prosigue el partido y..., al llegar el balón, Arlequín se agacha vivamente y el balón pasa por encima de él. Tumulto indescriptible.

LAS VOCES, FURIOSAS. Pero, so bruto, ¿no ves que tienes que parar el balón?

ARLEQ. Haciendo un «puchero» como los niños cuando van a llorar, pero con tono de gran resolución. ¡Ahora sí que lo paro!

Ya, aturullado, se agita desordenadamente, volviéndose para todos lados como buscando el balón para pararlo, y en el preciso instante en que está vuelto de espaldas llega el balón y, ¡pan!, le da en... la parte inferior y le tira al suelo de narices.

ARLEQ. Gritando. ¡Ay, ay, ay! ¡Me ha matado!

Se queda tumbado en el suelo sin atreverse a hacer un movimiento. Por la izquierda entran tres o cuatro futbolistas, que se arrojan sobre él, lo levantan a empujones, lo zarandeán; uno le tira de un brazo, otro le da un empujón. Arlequín se vuelve hacia uno y hacia otro alternativamente, moviendo la cabeza como un muñeco.

LOS FUTBOLISTAS. Gritando todos juntos. ¡Miserable! ¡Imbecil! ¡Nos has hecho perder el partido! ¡Le has dado la victoria al «Pantalloning»!

ARLEQ. Echándose a llorar. Po... po... po... por favor..., señores fu... fu... fu... futbolistas...

PINOCH. Entrando. ¡Basta, basta! Los jugadores sueltan al punto a Arlequín. Esta vez usted no haber quedado muy bien, Mister Arlequín; la próxima...

ARLEQ. ¡Ay!, no, no, señor Presidente; ya no vuelvo yo a servir de portero... aunque me lo pidiera mi casero de rodillas.

Los futbolistas le miran con rabia, se encogen de hombros y al salir y pasar junto a Pinocho le dicen por lo bajo:

FUTBOLISTAS. ¿Nos hemos portado bien, señor Pinocho?

PINOCH. Por lo bajo también; voz natural. Muy bien, amigos míos. El éxito me parece que ha sido completo. Bien ganado os tenéis la suscripción a mi periódico que os prometí a cada uno como premio por esta farsa. Se van los jugadores muy contentos, frotándose las manos. Pinocho, alto a Arlequín, con su acento americano.

Entonces, Mister Arlequín, ¿no gustar ya a usted el juego de fútbol?

ARLEQ. Como gustarme..., para ver jugar a los demás, no digo...; pero lo que es para recibir pelotazos... Con mucha energía. No, no y no. Con un gesto significativo y cómico se frota primero la cabeza y luego la parte inferior de su espalda. ¡Ese juego es una estupidez!

PINOCH. Yo creer, Mister Arlequín, usted estar un poco equivocado; ese juego ser como todos los deportes: hermoso cuando se practica como recreo; pero no está bien que los colegiales se llenen la cabeza exclusivamente de pajaritos, quiero decir de «baloncitos», descuidando sus estudios, sin los cuales no llegarán a ser unos perfectos «gentlemen» de provecho.

ARLEQ. ¡Sí, sí, volvamos a la escuela a decirle al señor Polichinela que quiero estudiar. Se dirige hacia la derecha.

PINOCH. Antes de salir se vuelve hacia el público, se coge con la mano izquierda su mano derecha y se la sacude con fuerza, exclamando: ¡Enhorabuena, Pinocho! ¡Eres un «hacha»! Al público. ¡Oh, perdón!, señores, creí que no me oía nadie. He querido decir ¡un as! Vase detrás de Arlequín.

(Continuará en el número próximo.)



HISTORIAS DE ANIMALES

ANGELITA LA «CARCOMA»

No se sabe por qué causa la arrojaron sus parientes de aquella mesa de despacho, donde, en gran número, las carcomas vivían felices haciendo galerías y dejando un rastro de polvillo de color de azufre.

Quizá porque Angelita fuese demasiado ruidosa, siempre cantando los cuplés de moda, y con su canto pudiera llamar la atención de los dueños de la casa hacia la mesa de despacho, casa y despensa de una distinguida familia de carcomas.

El caso es que Angelita, negra y menuda, se encontró de patitas en la calle, como quien dice.

¿Y qué iba a hacer la pobre, soltera y sola en la vida?

Al principio pensó meterse en una de las patas del sofá y subir por ella tranquilamente; pero la madera de caoba empezaba a cansarle. No le sentaba muy bien al estómago. Además, ella sola se iba a aburrir mucho en la pata del sofá. Debía de elegir otra ocupación.

Mientras lo pensaba, se iba comiendo el zócalo de madera del despacho.

Pero, cada día más, la madera se le indigestaba, se le hacía un taco en el estómago y le daba muy malos ratos. Ni la de pino, ni la de roble, ni la de caoba, ni la de chopo. Únicamente, en verano, podía pasar la de limoncillo. Las demás, le daban náuseas.

En esto, desde el zócalo de madera, oyó una conversación entre los de la casa y una visita. (No os recomiendo en vosotros que hagáis lo mismo.

Siempre he reprochado la fea costumbre de escuchar las conversaciones.)

El dueño de la casa señalaba al niño de la visita:

—Se ve que tiene madera de artista, decía.

—¡Claro! Ha salido a su padre, añadía la señora de la casa. ¡De tal palo, tal astilla!

Angelita se quedó estupefacta. ¿Madera de artista? ¿Qué madera sería aquella? ¡Debía estar riquísima!

Se acercó, procurando no ser vista, y se subió por el zapato del niño y luego por el calcetín, hasta que llegó al borde, donde ya empezaba la pantorrilla, y se metió por allí.

Cuando se marchó la visita, la carcoma iba con el niño. Por distraerse, empezó a comerse el calcetín. Pero era para hacer ganas, nada más. Ella se reservaba el exquisito plato de la madera de artista.

Empezó por la pierna. El niño iba dejando a su paso un rastro de polvo amarillo. Esto extrañó mucho a la familia; pero, al mismo tiempo, les daba grandes facilidades para encontrar a la criatura. Ya no tenían que preguntar:

¿Dónde está el niño? No tenían más que seguir la estela y daban con él.

Al poco tiempo ya no iba quedando nada del niño. La carcoma se iba comiendo su madera de artista. Los papás estaban desolados. Nadie sabía la enfermedad que atacaba al niño.

Uno de los doctores sospechó que pudiese ser la carcoma y dió al niño alguna dosis de polvos insecticidas.

La carcoma, cuando se vió atacada de aquel modo, em-

prendió la fuga. Al niño, como estaba en el crecimiento, le volvieron a nacer sus piernas y sus brazos, con gran alegría de su familia.

De nuevo Angelita se encontraba ante el problema de la vida. Pensó hacerse monja y retirarse a algún mueble de palo santo; pensó también dedicarse a la ciencia y comerse una estantería de libros. No faltó quien le aconsejara:

—El mostrador, hija mía, es lo que te conviene.

Pero a Angelita no le tiraba el comercio.

Quiso viajar y tomó un kilométrico o, lo que es lo mismo, se metió en la madera de un vagón.

Pronto se dió cuenta de que, como ella iba siempre dentro de la madera, no se iba a enterar del paisaje. De todas maneras salió de viaje, comiéndose el marco de la ventanilla. Así unía lo útil a lo agradable.

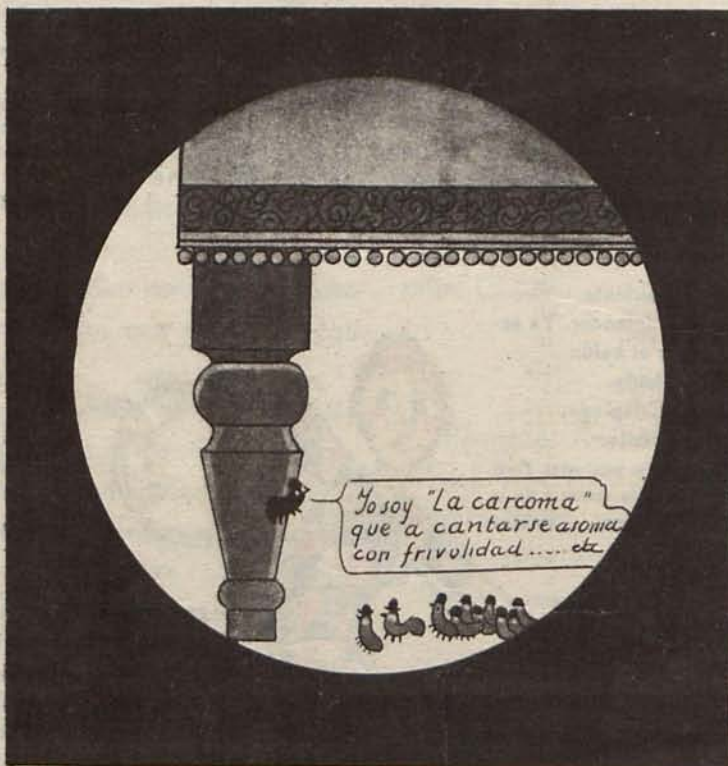
Mucho tiempo estuvimos sin saber de ella. Parece ser que viajó mucho por tierra y por mar.

Uno de los viajes lo hizo en barca y, como era su costumbre, se empezó a comer la madera.

Cuando hizo un agujero se coló el agua y naufragó la barca.

Menos mal que Angelita se salvó en una tabla.

Por fin, un día nos vimos sorprendidos con el siguiente anuncio:



TEATRO DEL BOSQUE

CALLE DE LA MADERA

(LA HAYA)

DEBUT DE LA CACIONISTA ESPAÑOLA

ANGELITA «LA CARCOMA»

¡GRAN ÉXITO!

Aparecía cantando este cuplé:

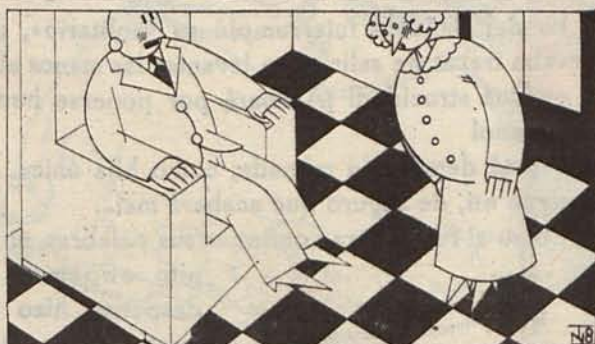
Yo soy «La Carcoma»
que a cantar se asoma
con frivolidad.
En donde he cantado
siempre yo he gustado
una atrocidad.

No lo hacía mal. Había aprendido música dentro de una tecla de piano y se movía con bastante soltura.

Siempre le habían tirado a ella las tablas.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

FENISTE **B U E N O S Y M A L O S**



—No puedo moverme, tengo una digestión muy lenta.
 —¡Claro! ¡Te has atracado de sopa de tortuga!



—Este pescado está impresentable. Haga el favor de llamar al dueño.
 —Perdone el señor; el dueño no puede venir porque está comiendo en el restaurant de enfrente.



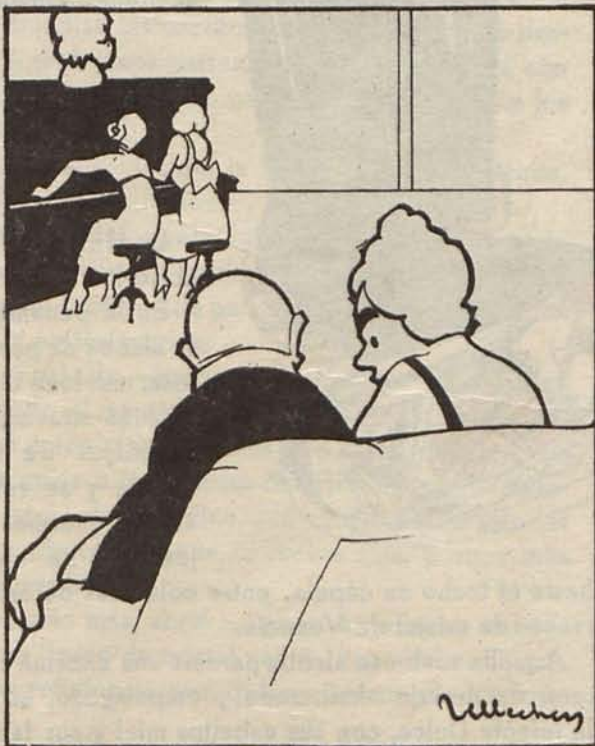
—¿Tienes frío, Pepito?
 —No sé, papá; la chacha ha roto el termómetro.



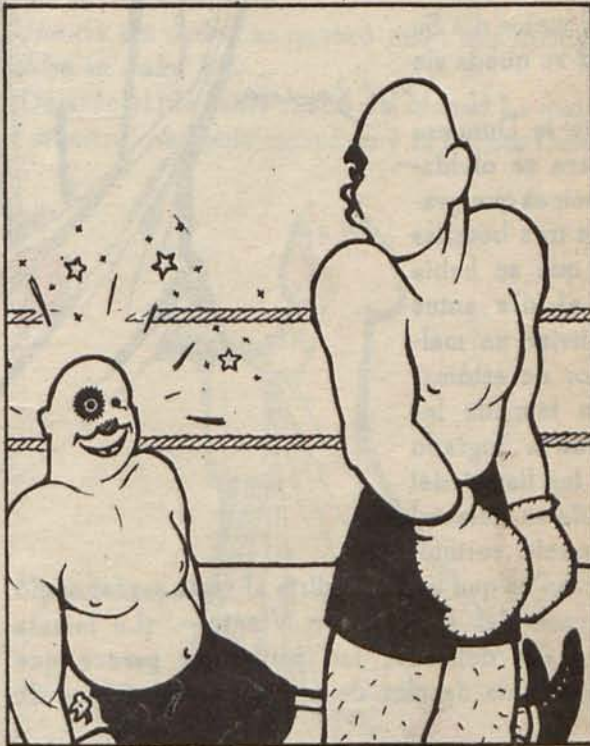
—Y tú, ¿qué vas a hacer para ser hombre?
 —¡Crecer...!



—Esto que toco ahora es la Marcha Real.
 —Pues no se parece.
 —Es que la toco en francés.



—Esta familia no debe ser tan rica como dicen.
 —¿Por qué?
 —¡No ves que las dos niñas tocan en un solo piano!



—Pero cómo, ¿esto le hace reír?
 —Claro, hombre... ¡Tiene usted cada golpe...!

LA INFANTA



DE AZUCAR

I

Aquella vez, al ver el azucarero vacío, la Duquesa del Real Guirlache se enfadó de veras:

—¡Vaya con la niña golosa! ¡En tres días, ocho cajas de bombones, tres de frutas en dulce y media corona real, de mazapán y batata, que el cocinero había hecho para festejar el santo de Su Majestad! Sí, señora —añadió, dirigiéndose a la Marquesa del Buñuelo de Viento, que era la dama de semana—. Todo eso se ha comido la niña, a pesar de la vigilancia que ejerzo sobre la real despensa. Pues ni por esas. De nada me vale andar con cada ojo como un plato. La Infanta aprovecha el menor descuido para devorar todas las golosinas, ¡y el mejor día Su Majestad se queda sin postrel!

Lo que la Duquesa dispensera se olvidaba de decir es que, gracias a las tres botellas de anís que se había bebido el día antes —por aliviar un maldito dolor de estómago—, la taimada Infanta había logrado quitarla las llaves del bolsillo de su delantal de terciopelo corinto.

—El caso es que nadie lo diría al verla —respondió la Marquesa del Buñuelo de Viento—. ¡La Infanta Dulce es tan delicada, tan sutil, que parece que sólo se alimenta de alas de mariposa y de rayos de luna!

—¡Sí, sí...! —rió la Duquesa—. ¡Mariposas a ella! ¡Angelito! ¡Y se come un queso de Holanda, sí señora, un queso enterito, en menos tiempo que tardo en contar!

La del Buñuelo interrumpió su «solitario», que no llevaba trazas de salir, para levantar las manos al cielo. —¡Qué atrocidad! ¡Acabará por ponerse hecha un fenómeno!

—Está demasiado mimada; como hija única... Pero si sigue así, de seguro que acabará mal...

Como si fuese para confirmar sus palabras, un estrépito enorme, en la

despensa, hizo levantarse de sus asientos a las dos damas, que corrieron, con toda la velocidad compatible con su volumen y con las colas de sus trajes, hacia la puerta de bronce y de plata que tan mal defendía el tesoro de golosinas.

La puerta estaba de par en par. Y al ver el extraño y terrible espectáculo que se ofreció a sus ojos, las dos damas cayeron desmayadas: la una, sobre un saco de garbanzos, y la otra, con la cabeza dentro de un barril de aceitunas aliñadas.

II

La Infanta Dulce abrió los ojos.

En la penumbra de su alcoba de porcelana rosa, una leve claridad de luna atravesaba los cortinajes de tafetán ciruela y se reflejaba en los enormes espejos que se elevaban

hasta el techo en cúpula, entre columnas de estilo barroco, de cristal de Venecia.

Aquella suntuosa alcoba parecía una enorme compotera, de un lujo almibarado y empalagoso, en la que la Infanta Dulce, con sus cabellos miel y sus labios de fresa y sus acaramelados gestos de real golosa, era como un postre exquisito destinado en su día a un rey sibarita.

Cuando la Infanta acabó de acostumbrar sus ojos a





la luz lechosa de la noche, vió que todo estaba tranquilo. En la última grada de la escalinata de su lecho dormía su nodriza. El mono favorito también dormía, y el loro.

La campana de la Real Capilla dió, lentamente, las doce.

Aquellas campanadas recordaron súbitamente a la Infanta lo ocurrido el día antes. Se vió en la real despensa —sitio prohibido y codiciado— llaves en mano, y en la otra sujeto el enorme «guardainfante» de tisú de plata, andando a pasos quedos en busca de las prohibidas delicias de mermeladas y almíbares.

En las alacenas de mármol blanco, en vasijas de loza del Retiro, se alineaban las confituras más delicadas, hechas por expertas manos monjiles. Las frutas confitadas, en bandejas de plata, parecían montones de enormes piedras preciosas. Pero nada de aquello tentaba ya a la Infanta, harta de todo, cuando llegó ante un armario de laca roja con chinos de oro y de marfil, en el que se escondían las confituras exóticas, traídas a precio de oro de lejanos países, que sólo una vez al año se servían en la mesa real, para pasmo y delicia de los invitados.

Ante aquella tentación, la Infanta Dulce se detuvo, con un dedo en los labios.

La Duquesa del Real Guirlache le había contado que aquel armario era brujo y que las mermeladas de «physalis del Japón» y de pamplemusas de China tenían un terrible poder mágico.

—Eso dice ella —murmuró la Infanta—. Pero bien veo que todo el mundo, menos yo, las saborea sin cuidado, y el único efecto raro es que hacen chuparse los dedos de gusto a la Princesa del Merengue del Arzobispo, a pesar de que dice que eso lo hacen sólo las niñas feas. ¡Se conoce que se vuelve niña, porque más fea no es posible!

Sin pensarlo más, abrió las puertas de laca y se apoderó de un frasco de cristal negro, lleno de una pasta verde con reflejos de oro, que por cierto olía bastante a alcanfor.

—¡Qué cosa tan rical —exclamó la Infanta, metiendo un dedo en el dulce y probándolo luego.

Aquello era delicioso. Nunca había probado la real golosa una cosa parecida. En un santiamén vació el frasco.

Y entonces, cuando Dulce acabó de chuparse los dedos, fué cuando ocurrió el prodigio.

Del frasco vacío salió una claridad verde y viva como la de una lámpara maravillosa, y un perfume adormecedor hizo vacilar a la Infanta, que hubiese caído al suelo de no estar sostenida por su rígida falda de plata.

Pero eso no fué todo. Un extraño ser, largo y delgadísimo, con grandes ojos relucientes en un rostro peludo, y largas manos como arañas de cristal, salió del armario y se dirigió a la niña, fascinada:

—Si no has temido a la amenaza temerás al castigo. ¡Mañana, en cuanto te despiertes, Infanta golosa, te verás transformada en una Infanta de azúcar!

Y entonces fué cuando, loca de terror, echó a correr hacia la puerta, derribando a su paso frascos de dulce y cajas de bombones, y cuando sus damas se desmayaron al verla caída en medio de un charco de sangre espesa... que era, sencillamente, almíbar de grosella...

III

Como primera providencia la habían acostado, no sólo sin postre, sino sin otra cena que una taza de tila sin azúcar. Y ahora, al despertarse, cosa rara, ¡la Infanta no tenía hambre!

Experimentaba tan sólo una rara sensación de rigidez incomprensible y de frío glacial, a pesar de la noche de verano, más bien calurosa.

Con grandísimo esfuerzo se deslizó del lecho y bajó las escaleras.

Su nodriza no se despertó, ni el mono, ni siquiera el loro. La Infanta quiso llamar, pedir auxilio, pero notó con terror que no podía hablar, ni siquiera despegar los labios, en los que perduraba una extraña sensación empalagosa, como si fuesen de azúcar.

Se llevó con enorme trabajo una mano a la boca y creyó morir de espanto.

Uno de sus dedos se quebró entre sus dientes y se deshizo en dulce licor...

¡De azúcar! ¡Se había vuelto de azúcar! La maldición del mónstruo se había cumplido y la Infanta Dulce era



dulce de veras, y por lo tanto frágil, quebradiza, deleznable. ¡Tremendo y refinado suplicio!

A la luz de la luna la Infanta de Azúcar parecía una de esas figuritas que los confiteros ponen en el remate de las tartas.

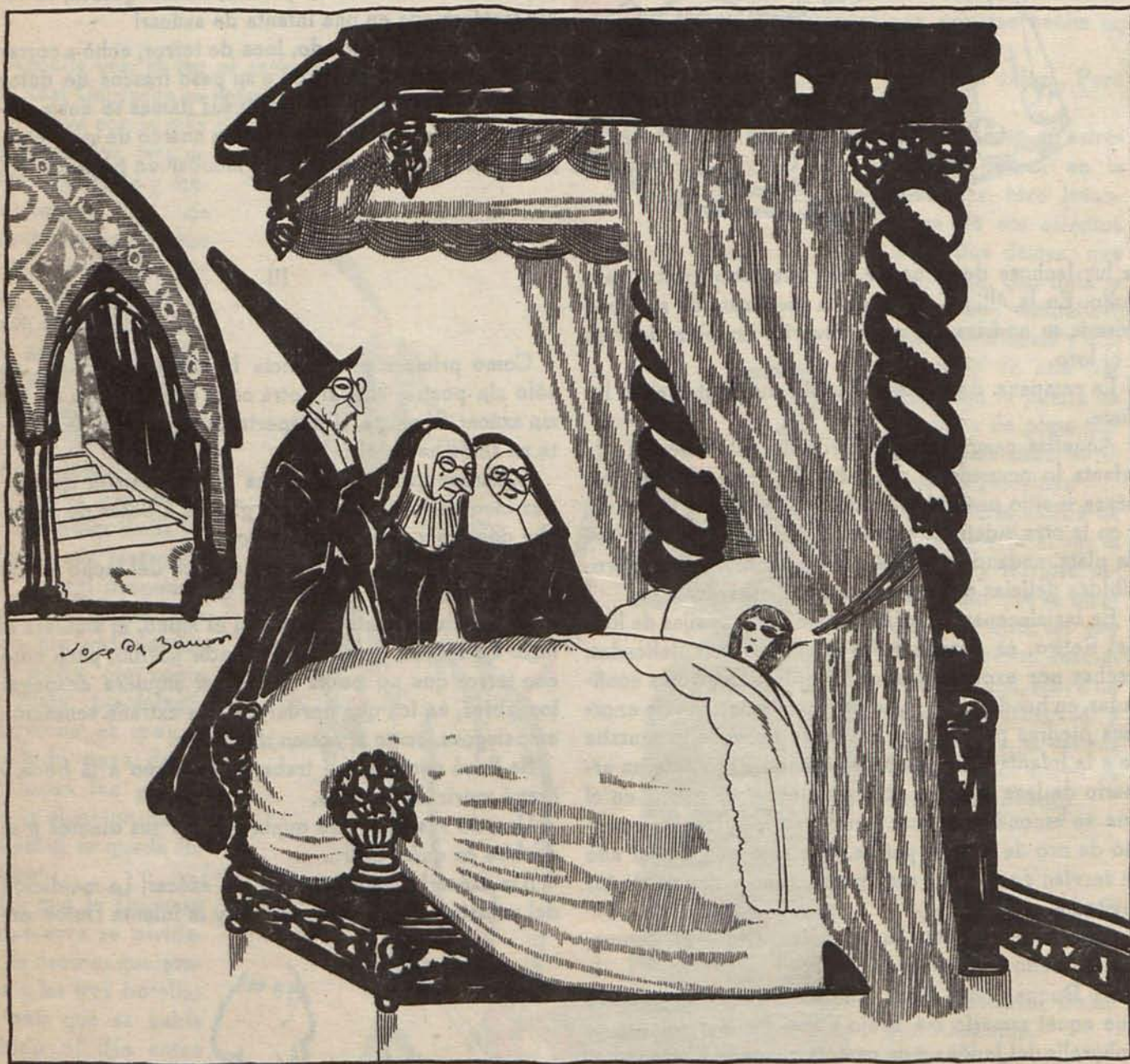
Si los cortesanos la hubiesen visto, hubiesen dicho que estaba «como para comérsela». Pero la Infanta estaba sola en su alcoba de porcelana.

¿Sola...? En la penumbra lunar brillaron dos diminutos puntos luminosos... Otros dos... Otros... Cientos de luces verdes en la sombra, bajo los muebles, en los rincones, tras las cortinas... Pasitos menudos, cuchi-

Estaban tan cerca de ella que ya la rozaban con los bigotes, y su olor almizclado sofocaba de asco a la indefensa, que se veía perdida sin remedio. Enloquecida de horror, hizo un supremo esfuerzo para gritar sin conseguirlo. Un ratón, más goloso que los otros, se abalanzó a ella y...

Y entonces se despertó de verdad, entre las sábanas de seda rosa de su lecho. Y en vez de los ratones la rodeaban las damas, la nodriza, los pajes... Y oyó la voz del médico, que opinaba:

—Lo que tiene Su Alteza es una indigestión de confituras de China, que están mezcladas con opio y pro-



cheos ahogados, chillidos, carreras leves... La Infanta quiso gritar; en vano...

Eran los ratones...

Con recelo, primero, y luego audazmente, los desde ahora temibles enemigos de la Infanta salieron de sus escondrijos y avanzaron en largas filas... Sus ojos brillaban de codicia y se atusaban los bigotes al ver a la presa codiciada.

En otra ocasión la Infanta se hubiese divertido mucho al verlos, porque como eran ratones palaciegos, venían vestidos a usanza cortesana, y era gracioso el contraste de sus hocicos puntiagudos y de sus saltos, con los «guardainfantes» de brocado y los chambergos con plumas...

Pero la desgraciada Infanta sólo veía sus largos colmillos, capaces de devorarla.

ducen terribles pesadillas. Pero ya ha pasado el peligro y sólo hay que evitar que las pruebe de nuevo, porque entonces el peligro sería mayor...

—Habrá que poner guardias a la despensa —dijo la Duquesa—. Lo que es yo, no respondo de nada...

Pero no hizo falta. La Infanta Dulce, en lo sucesivo, sintió un miedo invencible a las golosinas más tentadoras.

¡Casi tanto como a los ratones!

JOSÉ ZAMORA.

EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

LA CORRIDA DE TOROS

Mi llegada a Méjico fue sonada; miles de personas acudieron a la estación a recibirnos. Adelaida y yo fuimos llevados en hombros hasta el hotel. Luego tuvimos que salir a saludar al balcón, y Adelaida, para entretener a la multitud, trepó por una farola altísima y desde allí cantó unos cuplets.

Todos los periódicos dieron noticias detalladísimas de nuestro viaje y de nuestras impresiones de llegada, y hubo uno que, por gastarme una broma, aseguró que yo traía el firme propósito de torear un toro en la plaza de allí.

Esto hizo que vinieran a asediarme una nube de revisteros taurinos, que luego publicaron fantásticas noticias sobre mis proezas en los ruedos españoles.

La verdad es que yo no había toreado en mi vida, y que sólo tenía unas levisimas nociones del arte de torcar.

Pero ya estaba comprometido, y nunca he sido hombre que se vuelva atrás. Así es que me preparé para arrostrar las consecuencias que aquella aventura me podía deparar.

Fuimos a Piedras Negras, lugar donde se cría una ganadería de reses bravas del país, y cuyo propietario me ofreció gustoso su casa y sus becerros para que pudiese entrenarme.

Para que nadie se diese cuenta de mi falta de costumbre en estos menesteres, decidí que nadie presenciara mis entrenamientos, salvo mi esposa, la siempre dulcísima Adelaida.

Nos íbamos, pues, por el campo, y cuando veíamos a un toro separado de los demás, me ponía yo a silbar aires populares hasta lograr distraer al toro. Cuando estaba más distraído, Adelaida, que había avanzado a mis espaldas, lo agarraba fuertemente de la cola, y dadas las fuerzas de mi angelical compañera, ni que decir tiene que el toro no se meneaba.

Entonces llegaba yo y le sujetaba a los cuernos un par de muelles que había quitado de mi cama.

Después me ponía delante de la fiera y decía a Adelaida: —¡Suéltala.

Y el toro se me arrancaba... y me cogía todas las veces; pero como llevaba los muelles en los cuernos, no me hacía ningún daño.

Todos los días me entrenaba de igual modo; mas debo decir que con idéntico resultado; no había arrancada en que el toro no me cogiese. Cuando llegó el día de la corrida, mi esposa temblaba temiendo un desastre en la plaza.

Esta estaba completamente llena cuando hicimos el paseo. Los tendidos estaban llenos de *pelaos*, que son los *castizos* de allí. Y en los palcos se agrupaban los diferentes partidos políticos del país, cada cual con su general revolucionario a la cabeza.

En otro palco se hallaban los norteamericanos que habían de ser sacrificados aquel día.

Se puede decir que de los quince mil espectadores había siete mil quinientos generales, y los otros siete mil quinientos, sus ayudantes correspondientes.

El paseo fué hermoso; se abrieron las puertas y aparecimos Adelaida y yo, cogidos del brazo, y avanzamos al compás de la música; nadie más nos seguía y la pareja que formábamos era deliciosa.

Adelaida iba vestida de picador, traje que le iba muy bien, y yo aparecí con mi traje acostumbrado y mi chistera.

Saludé a la presidencia más finamente que mis compañeros en el arte, ya que hasta dí la mano al presidente y le entregué mi tarjeta, ofreciéndole mi casa; y ví con gusto cómo mi esposa y la presidenta se besaban como antiguas amigas.

Después mi esposa montó en su caballo y yo me dirigí a la barrera a esperar que soltasen al toro.

Así como los otros toreros toman en esos momentos un vaso de agua, yo me obsequié con un delicioso chocolate con

pícatostes, lo que chocó mucho entre el público.

Salió el toro y a la gran sorpresa de Adelaida y al gran entusiasmo del público le obsequié con diez lances de capa sencillamente formidables; parecía que el toro iba cosido al capote: tal era el temple que puse en mis lances.

¿Cómo se hacía que existiese un cambio tan grande entre mis derrotas en el cortijo y mi éxito en la plaza? Lo explicaré:

Mi capote no era como los demás capotes; en mi capote me había entretenido pintando un paisaje de Piedras Negras: una pradera, unos árboles y un abrevadero; al fondo se veía un toro pastando.

Cuando me abrí de capa ante la fiera, ésta vió el paisaje y me dijo: «¡Anda Piedras Negras! ¡Qué bien me voy a pastar!» Y se había precipitado sobre el capote, sin ocurrírsele cornearme. A la segunda vez se dijo: «Aún no he llegado, pero ya veo el abrevadero y a mi primo «Colorao» comiendo; voy a que me deje un poco». Y se había vuelto a precipitar sobre el capote. Así, una y otra vez, había conseguido burlar al bicho.

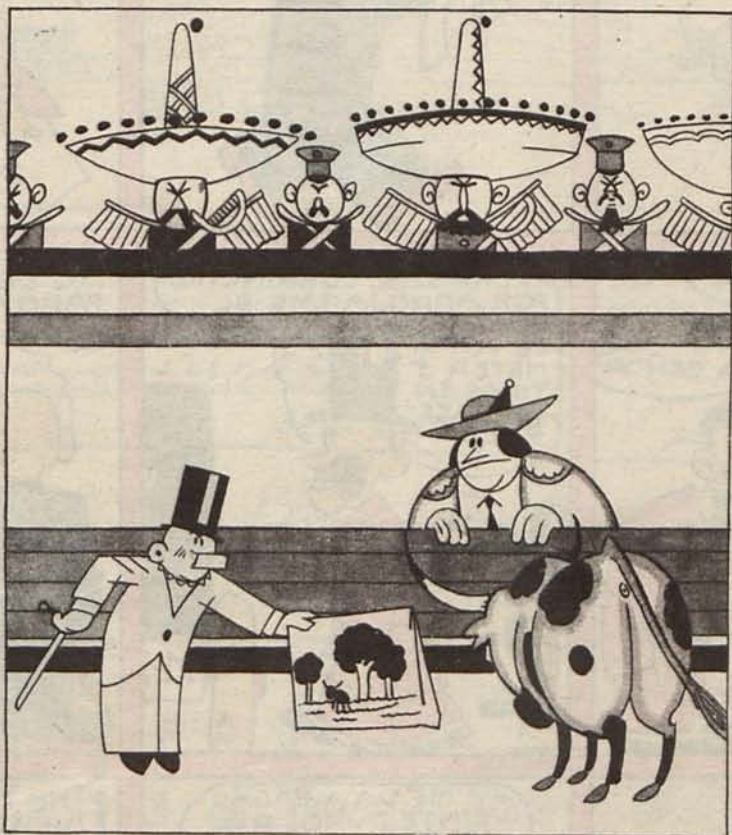
Llegada la faena de la muleta, siguió la cosa; en la tela de la muleta había pintado otro paisaje de Piedras Negras, que también engañó al toro. Y cuando llegó el momento de matar, el público vió asombrado cómo ejecutaba la suerte del volapié, sin espada, y que el toro caía con grandes estremecimientos hasta quedar inmóvil. Y es que cuando, fingiendo la estocada, me había inclinado sobre el toro, le había dicho:

—¡Todo ha sido una broma; los paisajes estaban pintados!

Y al toro le había hecho gracia y se había muerto de risa.

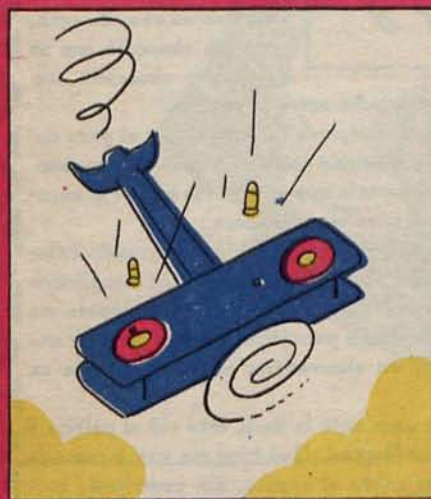
El presidente, por aclamación popular, se cortó a sí mismo la oreja y me la entregó como premio de mi hazaña.

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS



MANIOBRAS

Todos, con seguridad, habreis viajado en tren y os habreis fijado que en algunas estaciones del tránsito hay unas vías al lado de la general, que es por la que vosotros viajais. Estas pequeñas vías se construyen para que en los casos de que dos trenes se tengan que cruzar en su camino, uno de ellos se aparta a esa pequeña vía, mientras el otro pasa por la general, y el que se ha apartado entonces continúa su camino. De este modo se evitan los choques.

En este problema que aquí os presenta nuestro amigo Fernando C. Alonso plantea un serio conflicto al pobre jefe de estación, pues en la curva que veis en el dibujo no

caben nada más que cinco vagones y la máquina, y en el trozo de vía comprendido entre las agujas, o sea de lado a lado de la curva, no caben nada más que cuatro vagones y su máquina. Como quiera que un tren tiene la máquina y nueve vagones y el otro su máquina y diez vagones, ¿cómo se las arregló el jefe de estación para dar paso a los dos trenes?

9. P. Sección B.

FERNANDO C. ALONSO.
Catorce años. Zaragoza.

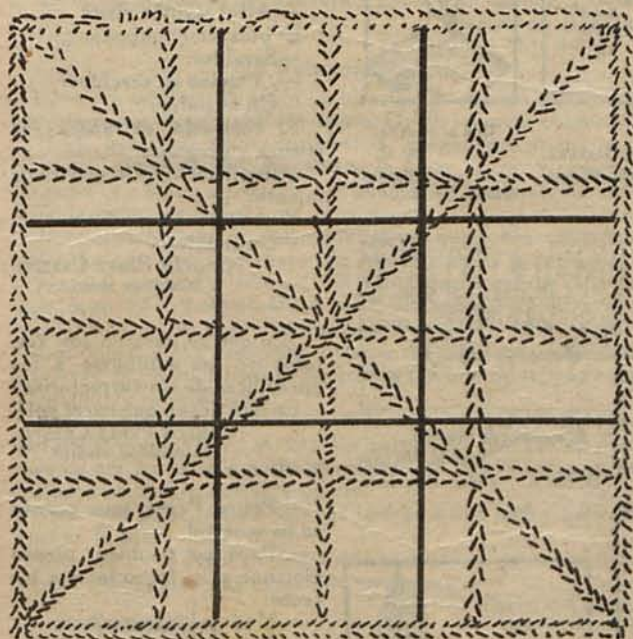
JEROGLIFICO

Arbol - letra doble O ; tiempo de verbo articulo nota musical - cosa descubierta
relativo P nota musical Un León

10. P. Sección B.

TOMÁS GÓMEZ FERNÁNDEZ. Trece años. Talavera de la Reina.

LOS OLIVOS

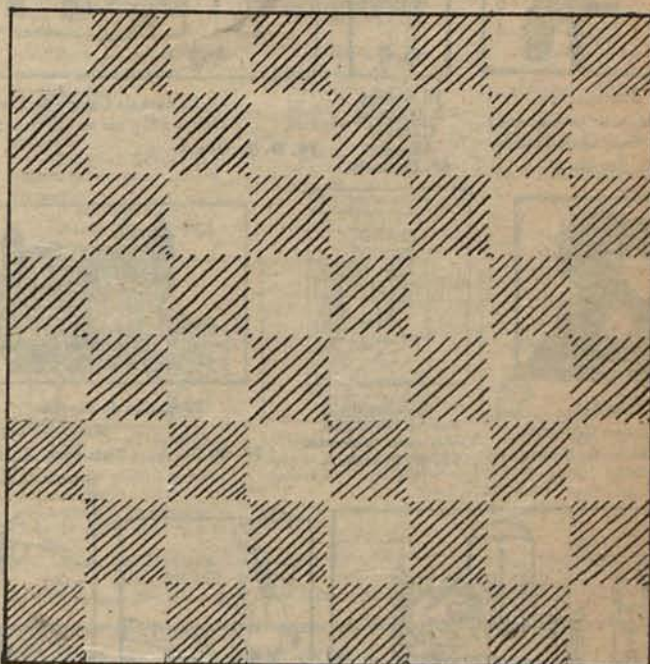


Un labrador tiene un terreno dividido en nueve partes iguales y atravesado por ocho surcos. Planta 45 olivos, de forma que por cualquier lado que se miren los surcos se ven en cada uno 15 olivos. Teniendo en cuenta que no puede haber dos parcelas con un número igual de olivos, averiguar cuántos hay en cada una.

CARLOS PÉREZ CRESPO.
Nueve años. Madrid.

11. P. Sección A.

PROBLEMA DE AJEDREZ



En este tablero de ajedrez colocar ocho reinas de forma que por ningún lado se den jaque.

CARLOS RUIZ RODRÍGUEZ.
Quince años. Barcelona.

12. P. Sección B.

EXPLICACIÓN DE ESTOS CONCURSOS

DE PROBLEMAS

Los Pinochistas enviarán problemas, que publicaremos para que se busquen las soluciones. Hay que mandar aparte la solución muy clara y el nombre del autor, que a su tiempo se publicarán también. Los problemas pueden ser del estilo de los publicados o de otro, y pueden o no tener dibujos.

Es imprescindible el envío del **Cupón de Concursos**.

DE SOLUCIONES

Consiste en resolver todos los problemas que se publiquen.

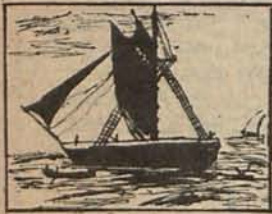
Acompañando a las soluciones de cada número debe enviarse el **Cupón de Concursos correspondiente**.

El Jurado examinará cada tres meses las soluciones recibidas, y concederá **cuatro** premios —dos para cada Sección— a las mejores soluciones enviadas. Y en el mes de marzo de 1926 se sortearán otros **cuatro** premios extraordinarios entre todos los que hayan enviado la colección completa de soluciones de 1925.

Cada sobre debe contener las soluciones de un solo número.

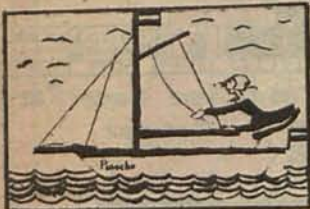
CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :-: HISTORIETAS :-: CHISTES ILUSTRADOS :-: CHISTES
SIN ILUSTRAR :-: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR



El Colón.
CÉSAR SOMOZA.

65. D. Sn. B. Diez años. Madrid.



Pinocho en viaje a Buenos Aires.
ISABEL OTILIA MOREL.

66. D. Sn. A. Siete años. Buenos Aires.



Descansando.
CARMEN DE GÓNGORA.

67. D. Sn. A. Nueve años. Madrid.



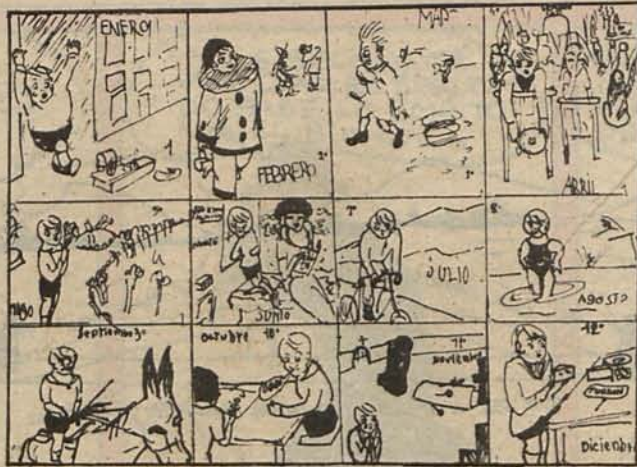
Lorito... real.
MANUEL DE GÓNGORA.

68. D. Sección B.



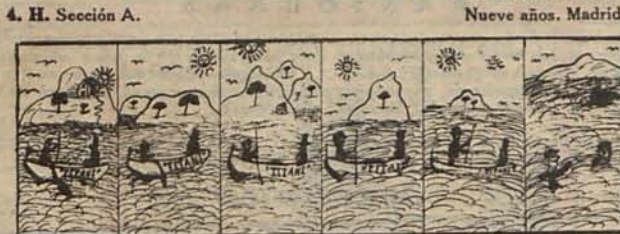
Mi muñeca.
AMPAZO DE CÁCERES.

69. D. Sn. B.



LOS DOCE MESES DEL AÑO

LUIS GARCÍA DE MARCO.
Nueve años. Madrid.



Oiga, barguero, ¿sabe usted leer? No, señor. ¿Y escribir? No, señor. ¿Y contar? No, señor. ¿Y usted lo sabe todo? Como sabio, todo lo sé. ¿Sabrá usted nadar. (Hombre!, eso no. ¿Pues si no sabe nadar, es como si no supiera nada.

5. H. Sección B.

GERMÁN LASTRA.
Lugo.



La casa de Campo de Pinocho.

SALVADOR GALIANA.
Ocho años. Madrid.

70. D. Sección A.



Una alicantina.

A. C.
Alicante.

71. D. Sn. B.



Anibal.

LUIS DE GÓNGORA.

72. D. Sn. B. Madrid.



Mayo florido.

PEPITO DAGANZO.

Ocho años. Valencia.

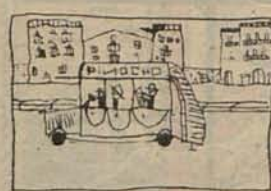
73. D. Sección A.



El castillo de Pinocho.

MANOLO PÉREZ.

74. D. Sn. A. Siete años. Almería.



El autobús de Pinocho..

JOSÉ M. VILLAR.

75. D. Sn. A. 7 años. Barcelona.



El sábado a la noche, —no duerme Pinocho— pues sabe que al domingo —sale PINOCHO.

76. D. Sección B. Ocho años. Madrid.



Cato al irse a dormir.

F. G. H.—Diez años.

76. D. Sn. B. Madrid.

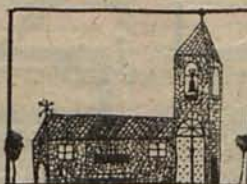


PINOCHO

FERNANDO OZORES.

Ocho años. Vitoria.

77. D. Sección B.



La ermita de mi pueblo.

PEPITO LÓPEZ.

78. D. Sn. B. 10 años. Teruel.



El buey Apis.

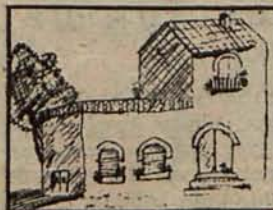
F. G.—Madrid.

79. D. Sección B.



Todo un concierto.

80. D. Sección B.



Mi casa de campo.

A. DE C.—Catorce años. Alicante

81. D. Sección B.

¿En qué se parece una haba a un sable?

En que los dos tienen vaina.
NIEVES MONTOYA.
Nueve años. Vitoria.

1. CH. Sección A.

¿Cuál es el colmo de un comerciante de juguetes?

Vender las muñecas... de las manos.
MANUEL ESPAÑOL.
Once años. La Guardia (Pontevedra).

2. CH. Sección B.

Disputándose dos hombres, uno le pega un bofetón al otro, y el que ha recibido le dice:
—Ésto no puede quedar así.
Y el otro le contesta:
—No tenga usted miedo; eso no queda así: se hincha.

MANUEL HERNÁNDEZ.
Barcelona.

3. CH. Sección B.

¿En qué se parece un pan a un árbol?

—En que tiene corteza.
CARLOS GÓMEZ LACAZETTE.
Nueve años. Oviedo.

4. CH. Sección A.

—Mi papá cuando trabaja deja a todos con la boca abierta.

—¿Por qué?
—Porque es dentista...!
SIRIO ESTEFANÍA GARRALDE.
Siete años. Haro.

5. CH. Sección A.

Un centinela, en una noche oscura, da el alto a un borracho:

—¡Alto! ¿Quién vive?
El borracho contesta:
—Servidor.
—¿Y quién es servidor?
—Un oficial.

El centinela, extrañado, se cuadra y pregunta:
¿Un oficial?... ¿De qué regimiento?

Y el borracho exclama:
—De zapatero.

NICOLÁS PÉREZ CRESPO.
Diez años. Madrid.

6. CH. Sección B.

¿En qué se parecen los viajeros de los autobuses a los aprendices de las carpinterías?

En que tienen que hacer cola.
CARLOS PÉREZ CRESPO.
Nueve años. Madrid.

7. CH. Sección A.

—Pobre Pérez, ¡qué pronto se ha muerto!
—Pues yo también pienso morirme si no logro lo que intento.

—Y tú qué intentas?
—Encontrar una medicina para no morirme nunca.
ALFREDO PARDO.
Nueve años. Huesca.

8. CH. Sección A.

¿Qué es lo que necesita uno para despertarse?

Estar dormido.
REMEDIOS DURÁN.
Diez años.

9. CH. Sección B.

Entre amigos:
—Oye, ¿a ti qué barcos te gustan más, los grandes o los pequeños?

—Los pequeños.
—¿Por qué?
—Porque son barquillos.
JUAN M. FANJUL.
Tetuán.

10. CH. Sección B.

Los enemigos del Rey.

En una ciudad de Italia vivía un Rey llamado Gustavo V. Y llegaron unos contrabandistas, los cuales querían arrojar al Rey de su trono y nombrar a su capitán, llamado Jorge Ruiz. Los habitantes de la ciudad, que eran unos dos mil, se dividieron en dos bandos, de los cuales uno iba a favor de su Rey y el otro a favor de Jorge. Los que iban a favor del Rey eran unos mil, sin contar guardias ni servidumbre del Rey, que iban a su favor y que eran de doscientos cincuenta a trescientos; en total, se reunieron mil trescientos hombres. Los que iban a favor de Jorge eran unos setecientos hombres, sin contar sus gentes, que eran otros tantos e iban a su favor; en total, se reunieron mil cuatrocientos hombres. Después estalló la guerra y luego sostuvieron duras luchas que duraron un año, un día, quince horas, cincuenta minutos y cincuenta y dos segundos. Los que iban a favor del Rey, viéndose perdidos, pidieron la paz varias veces; mas los de Jorge no se la concedieron ninguna vez.

Ya un día del Rey no tuvieron más remedio que pedir la otra vez; mas les fué inútil, aunque hicieron todo lo posible.

Al día siguiente no tuvieron más remedio que salir todos al campo de batalla y sostuvieron duras luchas, en las cuales fué herido gravemente el Rey, el cual sucumbió a las pocas horas, y Jorge levemente en el hombro.

Mientras tanto las gentes de Jorge se apoderaron de la ciudad, quedándose éste de Rey.

RICARDO NAVARRO RUBIO.

Diez años. Albacete.

JUAN SERRA.

Diez años. Albacete.

El sermón.

En tiempo de la fiesta de un pueblo, no sé cual, fué un cura para predicar el día del Patrón, que era San Roque. El alcalde, al hablar al cura sobre el sermón que iba a decir, le recomendó que repitiese bastantes veces el nombre de San Roque, pues a los del pueblo se les olvidaba mucho, y le dijo que le daría una peseta por cada vez que dijera Roque. Llegó el día del sermón y el alcalde se llevó a la iglesia una garrota de nudos para ir contando las veces que el cura dijera Roque; pero el cura, para ganarse muchas pesetas, tantas veces dijo Roque, Roque, Roque, que el alcalde tuvo que decirle:

¡Eh, don Fulano, espere que vaya por otro bastón, que este ya se ha terminado!

22. C. Sección B.

QUIQUE.

Diez años. Madrid.

El niño travieso.

Conocía a un niño que tenía el feo defecto de maltratar a los animales.

Aunque le reprendiesen no se enmendaba.

Cierta día estaba haciendo rabiar a un gatito y éste le dió un fuerte arañazo.

El niño se puso a llorar, acudió su madre y le dijo: «No maltrates más a los animales, pues sufrirás sus consecuencias».

Desde entonces ya no maltrata a nadie y es bueno.

HERIBERTO BARRERA.

23. C. Sección A.

Siete años.

El Príncipe Agib.

Este era un Rey que tenía un hijo. Cuando murió el Rey, el Príncipe, llamado Agib, subió al trono. Quiso recorrer el mundo, y en el viaje hubo una fuerte tempestad, ahogándose todos menos el Príncipe, que pudo salvarse. Vió a lo lejos tierra, y creyendo que la gente que había a la orilla era buena, fué nadando hacia ella lo más de prisa que pudo.

Pero cuando llegó se sorprendió al ver que todos ellos eran salvajes. Lo cogieron prisionero, sin que él pudiera hacer nada.

Un día, estando prisionero, vió a una dama que llevaba consigo una joven. El Príncipe, al ver sus semblantes tan tristes, se estremió, pues no les eran desconocidas.

Las damas y el Príncipe se miraron sin decir palabra. Ellas reconocieron en él al Príncipe Agib, que era hijo de la más anciana y hermano de la otra dama.

Entonces fueron a ver al jefe de los salvajes para pedirle la libertad del Príncipe. Pero el jefe les respondió que tenían que darle más de mil monedas de oro. Las damas se encontraron en un apuro, pues no tenían bastante dinero.

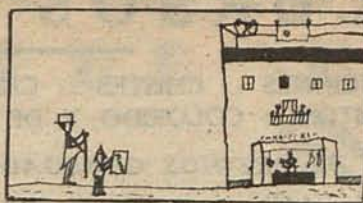
Fueron a pedir lo poco que les faltaba a una mujer caritativa, la cual se lo dió.

Rescataron al Príncipe y después se fueron a su reino, donde vivieron felices y en paz hasta que murieron.

24. C. Sección B.

CECILIA VILLARROYA.
Once años. Zaragoza.

CHISTES ILUSTRADOS



—Yo querría ser intérprete, papá.
—¿Por qué, hijo?
—Porque me gustan mucho las lenguas.

1. CH. I. Sección B.

JOSÉ GONZÁLEZ B.
Diez años. Ceuta.



—Papá, me voy a bañar al mar.
—Bueno; pero si te ahogas, en cuanto vengas, te mato.

MARIITA DAGARZO.
Once años. Valencia.

2. CH. I. Sección B.



—Te he dicho que firmes.
—¡Pero cómo voy a firmar, si no sé escribir!

ROSARIO MOSETON.
Valladolid.

3. CH. I. Sección B.



—Qué, ¿muerde este perro?
—Sí, señor; pero suelta en seguida.

MANOLO PÉREZ.
Almería.

4. CH. I. Sección B.



—¿Quién que entremos a tomar café?
—No me gusta el café.
—Pues pides una taza de bi-llar, a ver qué es eso.

RODRIGO CAMPA.
Doce años. Avilés.

5. CH. I. Sección B.



—Papá, ¿cuándo es el tiempo de las calabazas?
—En mayo, hijo, en mayo.

J. GONZÁLEZ BENAVENTE.
Diez años. Ceuta.

6. CH. I. Sección B.



El cojo.—No juego más a la lotería; nunca me toca.

El otro.—Es que tienes mala pata.

RAMÓN BICUES GÓMEZ.

7. CH. I. Sección B.



—¿En qué se parece un cabo del Ejército a un cubo?

—¿...?

—Pues en que fueron soldados.

SABINO SAS.
Once años. Oviedo.

8. CH. I. Sección B.



—¿De modo que la cotorra cuesta 125 pesetas?
—Sí, señora.

—Es cara; me quedará con ella si me quita usted el pico.

—¡Señora! ¿Para qué quiere usted una cotorra sin pico?

MANUEL NIETO.
Nueve años. Madrid.

9. CH. I. Sección A.



El colmo de un vendedor de periódicos es dar por 10 céntimos La Libertad a un preso.

JULIO FERNÁNDEZ.—Once años. Madrid.

10. CH. I. Sección B.



—¿Cuál es el bar más alegre de Madrid?

—El bar «Alegria».

PACO CASADO.
Once años. Guadalajara.

11. CH. I. Sección B.



—¿Cuál es el crustáceo cuyo nombre se convierte en el de un rey goda cambiándole una letra?

—La gamba. Se le quita la G, se le pone una W y es Wamba.

EDUARDO RÓDENAS.
Nueve años. Madrid.

12. CH. I. Sección A.



Un pollo bien, que se llama Noguero, y se mancha de pintura apoyado en el farol.

JOSÉ BARRILERO.
Once años. Guadalajara.

13. CH. I. Sección B.



—¿Con que tú eres el más pequeño de la escuela?

—Sí, señor; porque nada más llegar, me ponen de rodillas.

SABINO SAS.
Once años. Oviedo.

14. CH. I. Sección B.

EXPLICACIÓN DE ESTOS CONCURSOS

DE HISTORIETAS

Historietas son las series de dibujos que completan una idea, con o sin texto alguno. No han de tener más de ocho dibujos. Ténganse en cuenta las condiciones del 3.º Concurso.

Con cada historieta hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

DE DIBUJOS

Dibujos sueltos, sin chiste, atendiendo sólo al mérito del dibujo. Ténganse en cuenta las condiciones del 3.º Concurso.

Envíese con cada uno un **Cupón de Concurso**.

DE CHISTES ILUSTRADOS

Consiste en un dibujo y su chiste o explicación correspon-

diente, que estará escrita debajo o al respaldo, con nombre, edad y señas del Pinochista. El dibujo debe ser enviado con tinta china o negra, nunca con lápiz ni en colores.

Con cada chiste hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

DE CHISTES SIN ILUSTRAR

Con cada chiste hay que enviar un **Cupón de Concurso**.

DE CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

Envíense escritos por una sola cara del papel, y que no tengan más de 2.000 letras. Si se envían ilustraciones, que sean sin lapiz ni color.

Hay que mandar con cada cuento un **Cupón de Concurso**.

¡9 CONCURSOS PERMANENTES!

PROBLEMAS :: SOLUCIONES :: CHISTES :: CHISTES ILUSTRADOS :: HISTORIETAS :: DIBUJOS
CUENTOS :: COLORIDO Y DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

¡INFINIDAD DE PREMIOS OTORGADOS POR LOS MISMOS PINOCHISTAS!

50 PREMIOS para los Pinochistas menores de diez años. :-: **50 PREMIOS** para los Pinochistas mayores de diez años. :-: Premios extraordinarios en Navidad. :-: Premios extraordinarios en fin de año. Premios extraordinarios en marzo de 1926.

CONDICIONES GENERALES PARA LOS 9 CONCURSOS

1.ª Cada Concurso constará de dos secciones: **Primera Sección: Pinochistas menores de diez años. Segunda Sección: Pinochistas de diez años en adelante.** Para retirar los premios se exige acreditar la edad y el autor verdaderos, con un certificado que venga firmado por una persona respetable.

2.ª Para cada envío se precisa un **Cupón de Concursos**. Ejemplo: **tres** trabajos para un solo Concurso precisan **tres Cupones**. Otro ejemplo: para enviar un trabajo a cada uno de los nueve Concursos se precisa **nueve Cupones**. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo **Cupón** pueden enviar un trabajo a cada Concurso; pero **nunca** más de uno. Si quiere concurrir con **tres** trabajos a un Concurso, tendrá que acompañarlos de **tres Cupones**.

3.ª Cada sobre con trabajos de **Concurso** no contendrá otros asuntos.

4.ª El concurrir a nuestros **Concursos** indica que se aceptan todas las condiciones. No se devuelven los originales.

ADJUDICACIÓN DE LOS PREMIOS

1.º Los premios se otorgarán por votación de los Pinochistas, excepto en los Concursos 2.º, 8.º y 9.º, que lo harán los Jurados.

2.º Para las votaciones publicaremos en el último número de cada mes un boletín que los Pinochistas deberán llenar, indicando los trabajos que más les hayan gustado de los expuestos en ese mismo mes. El resultado se publicará entre los sesenta y los setenta y cinco días siguientes, para que puedan contestar los niños americanos. Como son **6 Concursos** por votación, y cada uno tiene dos secciones, otorgaremos **12** premios mensuales, consistentes en magníficos libros de *Cuentos de Calleja*. Además tendremos menciones honoríficas para los que hayan sido votados sin alcanzar premio, que tendrán derecho a que se publique su retrato cuando tengamos sitio para ello.

CONCURSO DE COLORIDO

Publicaremos dibujos de la *Serie Pinocho contra Chapete*, en negro. El mérito consiste en iluminarlos, para que se parezcan a los publicados en la *Serie*.

Con cada ilustración iluminada hay que mandar un **Cupón de Concurso**.

Entre los que envíen los mejores dibujos, sortearemos **cuatro trajes de Pinocho** —dos por cada Sección— y publicaremos el retrato de los cuatro niños, con sus disfraces. Además, sortearemos libros de cuentos por valor de **doscientas pesetas** —cien para cada Sección—, entre los buenos dibujantes. Oportunamente, anunciaremos cuándo se cierra la primera Serie de este Concurso y del 9.º

Los premios los otorgará el Jurado.

IMPORTANTE.—La explicación de los otros siete Concursos va inserta en sus secciones correspondientes. Para facilitaros la votación y no tengáis que escribir tanto en el BOLETÍN que publicaremos oportunamente, cada trabajo de estos Concursos va designado con un número y su sección. Esta sección quiere decir: si es Sección A, que el autor tiene menos de diez años, y si es Sección B, que tiene diez años o más.

CONCURSO DE PINOCHOS MÁS BONITOS

Este concurso consiste en una lista de los tomos de *Pinocho contra Chapete*, ordenados según la preferencia del Pinochista. Nosotros sumaremos los votos que cada episodio haya obtenido, y con el resultado, daremos la lista definitiva. Los premios serán para los que más se hayan aproximado a ella. Si hay menos premios que listas iguales, se sortearán aquéllos.

Cada lista debe venir con su **Cupón de Concurso**.

Otorgaremos **cien** premios —**cincuenta** para cada Sección—, y los **cuatro** primeros consistirán en Colecciones de la *Serie Pinocho contra Chapete*, encuadradas en tela y con el nombre del Pinochista estampado en oro.

PREMIOS EXTRAORDINARIOS

1.º A fin de año organizaremos un sorteo para adjudicar **cuatro importantes premios** entre todos los que durante el año hayan obtenido premios o menciones honoríficas en esta gran Serie de **9 Concursos permanentes**.

2.º En Navidad se organizará un **gran sorteo de regalos espléndidos**. Para él enviaremos:

100 números a cada suscriptor de PINOCHO.

100 números a cada concursante que haya obtenido premio o mención en la *gran Serie de Concursos*.

100 números a cada autor de los trabajos publicados en dicha *gran Serie*.

De esta manera, los niños que sean suscriptores, autores y premiados recibirán **300** números para el **gran sorteo de regalos de Navidad**.

PINOCHO CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NÚM. 23

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los **nueve**. Leed bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

CORRESPONDENCIA

Eusebio Lamoya de Mey. —Mi querido Eusebio: Mucho le alegra a Pinocho que le hayas consultado sobre Geografía. El Parque del Oeste, aunque tú no lo creas, está en el Oeste, es decir, orientado hacia el punto cardinal también llamado Occidente, y también Poniente. Y el Cementerio del Este está en el Este, o en el Oriente, o en Levante, si así lo quieres. De modo que el Parque del Oeste no se halla en el Este, ni el Cementerio del Este, en el Oeste. Aquel parque se denomina así por encontrarse situado hacia el punto cardinal que indica su nombre —Oeste— y el cementerio se denomina con otro punto cardinal que es, precisamente, el correspondiente a la orientación de su santo campo —Este—. No tendré que repetirlo otra vez. Creo, querido Eusebio, que ya estarás tranquilo. Cuantas dudas tengas, no tienes más que hacérselas saber a tu buen amigo Pinocho. Este —no el Oeste— te las resolverá inmediatamente, máxime si son de Geografía, pues Pinocho, como ha viajado por todos los países, como ha recorrido todas las tierras, como ha navegado por todos los mares y ha salvado todos los ríos, podrá hablarte de todos los mundos, incluso del país fantástico de la Fantasía. Volviendo a nuestro cuento: El Este, en el Este y el Oeste, en el Oeste. Y no el Este en el Oeste, como tú creías, ni el Oeste en el Este, como afirmabas en la tuya.

Amelia Mayo. —Los dibujos, con tinta china. ¡Naturalmente! Y con el cupón que corresponda.

Graciella Urgoiti. (Madrid). —Mi estimadísima amiga: Recibí tu carta, que me llenó de alegría, por ser tuya, y mucho lamento no encontrar una fórmula que pueda satisfacerte plenamente. También recibimos de otros niños, de distintos Pinochistas, el mismo ruego que tú me haces. ¿Pero dónde podremos poner el cupón? ¿Dónde? Los que deseen tomar parte en nuestros concursos no tendrán más remedio que remitirnos el cupón correspondiente; es cosa, amiguita Graciella, que nosotros no podemos evitar, por más voluntad, cariño y abnegación, que pongamos en ello. Si quieres tomar parte en los concursos y no quieres estropear tu colección, cabe una solución: adquirir otro número, del cual puedas recortar el boletín. Esto es un gasto, ya lo sé. Pero es que no hay otra solución, si el Pinochista es, como tú lo eres en este caso, un admirador y amante de PINOCHO, cuya colección quieres tener intacta, impecable, sin el menor rastro de tijeras. Recibe con estas líneas un saludo de Pinocho cuatro abrazos de Pirula, y treinta apretones de manos de D. Turulato y Currínche.

¿SABEIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ EL ORO VALE MÁS QUE LA PLATA?

En realidad debiéramos preguntar: «¿por qué el oro cuesta más que la plata?». Es decir, debiéramos sustituir la palabra *valor* por la de *coste*. No existe razón alguna para afirmar que el oro valga más que la plata. Comparando ambos metales ofrecen, en sus respectivos tonos, una belleza igual. La plata es tan bella como el oro, y aleada con otros cuerpos es más duradera que aquél. El oro posee gran valor para determinados usos, por el hecho de que puede ser laminado en hojas delgadísimas. En realidad, el coste del oro, su gran precio —no su valor— depende sin duda, con relación a la plata, de que es menos abundante que ésta. La cantidad total de oro existente en la tierra, de calcularse, sería inferior a la de plata. Y si alguna vez se descubriese una enorme montaña de oro, el coste de éste bajaría considerablemente, y llegaría a ser, sin duda, inferior



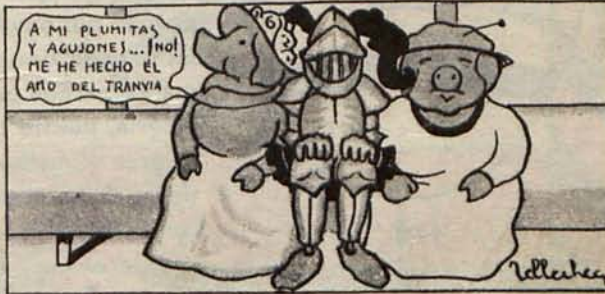
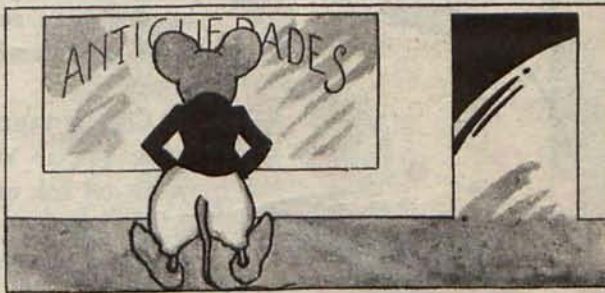
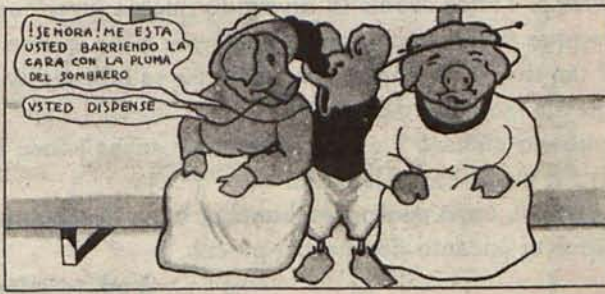
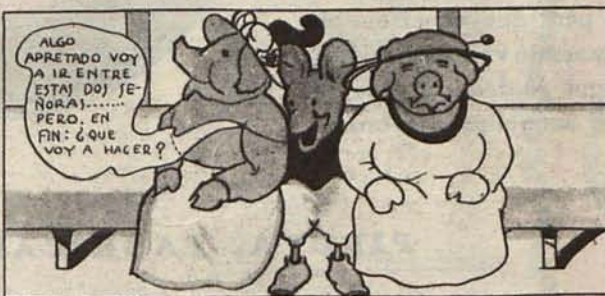
MONEDA DE ORO



MONEDA DE PLATA

al de la plata. De donde se verá que ciertas cosas no tienen un valor en sí, y que la estimación, el precio o coste que les asignamos, hacenlas más o menos valiosas. Así ocurre con el oro, con los diamantes y las perlas, y con muchas cosas más de este mundo. En cambio hay otras cosas, como el grano de trigo, el pan, en el orden material, y el talento, la bondad, la sabiduría, en los órdenes espirituales, cuyo valor no depende del precio que les asignemos, sino que tienen por sí, aparte, aisladamente, valores puramente absolutos. Si se descubre una montaña de oro, como decíamos, el oro disminuirá de valor. Pero si llega a aumentar considerablemente el número de hombres buenos, sabios y talentados, no por eso disminuirá el valor que el talento, la sabiduría y la bondad tienen en sí.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESSO





SECCIÓN PIRULA

PIRULA. BORDADORA

Bolso para el camión de dormir. — ¡Menuda broma le gasté el otro día a mi amiguita Pili!

No una broma pesada, ni cruel, ni terrorífica, sino simplemente una broma graciosa y en definitiva agradable, cual corresponde a una muñeca de buen gusto.

Figuraos que le puse sobre la almohada de su cama... ¡un negro!

Al entrar en su cuarto, Pili lanzó un grito de sorpresa; pero en seguida se echó a reír encantada, pues el negro era en realidad un bolso para el camión de dormir, que su amiga Pirula había inventado y bordado para regalárselo.

Aquí lo tenéis igualito, dispuesto para que encerréis en él pulcramente vuestro camión, o para que le deis a alguna de vuestras amiguitas una broma

parecida a la que yo le gasté a Pili. Este bolso se compone de dos trozos redondos de tela de hilo negro (en este caso no os aconsejo la pequeña economía de sustituir la tela de hilo por tursor de algodón, porque en negro el algodón se vuelve fácilmente verdoso) que después de forrar cuidadosamente con batista blanca se unen por sus bordes hasta la mitad con un festón

cuyas puntadas sujetan un cordón azul que, después de pasar por unos agujeros, según indica el grabado, sirve para cerrar el bolso. Los ojos del negrito—que se parecen a los de mi gato Zapirón—son dos gruesos budoques bordados en algodón perlé verde, mientras que con algodón rosa y rosa blanco, respectivamente, se bordan la nariz y la boca, con sus blanquísimos dientes. Dos borlas hechas con seda o algodón rosa—no os explico el modo de confeccionarlas porque seguramente lo sabéis todas—completan el conjunto y forman las orejas del negro, que, por supuesto, se llama Betún XVII.



RSE-MJ XXV.

PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES

Cometa.—Todos sabéis lo divertido que es jugar con una cometa, correr con ella buscando la dirección del viento —¡qué rabia cuando no le hacel— y verla que se eleva por los aires muy alto, muy alto.

Casi tan divertido como jugar con ella es fabricarla, cosa que con sólo mirar las dos figuras adjuntas haréis con la mayor facilidad del mundo.

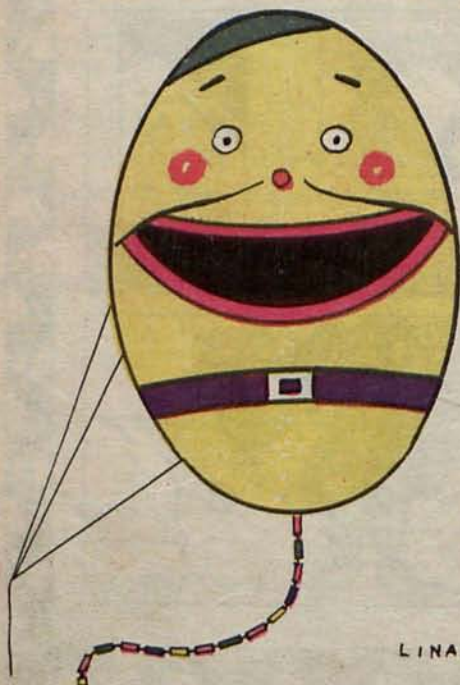
El grabado número 1 es el armazón de cañas sobre el cual ha de ir el óvalo de tela pintada que aparece en el número 2 y que es... ¡Chapetel!

Chapete, sí, cuyo cuerpo rechoncho, boca descomunal, nariz chata y ojos satánicos de malvado pirata han surgido por el encanto de vuestro pincel.

Ved, terminada ya la cometa, qué bien se eleva por los aires el infame muñeco de trapo.

Que se vaya, sí, lejos, muy lejos; que se abra bajo los rayos del sol; que se lo trague la luna; que se quede enganchado en alguna estrella...

... Pero que vuelva pronto, porque por mucho que le odiamos, cada una de sus nuevas maldades nos proporciona una alegría, puesto que da ocasión al gran Pinocho para lucir sus dotes de habilidad, ingenio, intrepidez, valentía y nobleza en aventuras cuya lectura es nuestro recreo predilecto.



LINAGE

